

DE: P.O.C. t. VII — NIETZSCHE

## NIETZSCHE (1)

Nietzsche es tal vez el pensador actualmente más mezclado a nuestro pensamiento. Su nombre viene automáticamente a los labios y a la pluma. Cuando se hace un libro, un discurso; cuando se discute, hay que hacer un cierto esfuerzo para no citarlo. Eso nos lo indica como tema de un estudio; pero, además, hay otra razón. Yo incluí algunas de sus obras en una lista de lecturas que he recomendado a la juventud. Se me ha manifestado extrañeza y hasta se me ha pedido cuenta por ello; y habría así una responsabilidad mía ante los jóvenes, por más que he sabido que no me asustan mucho esa clase de responsabilidades. Considero ingenua, casi infantil, esa idea corriente de que los libros producen un efecto limitado y circunscripto en el sentido de las mismas ideas que los informan y sólo en ese sentido; que leer un libro católico, hace católicos, que leer un libro liberal hace liberales, que leer un libro utilitario hace utilitarios, etc. Algo así como el error pedagógico del centauro Quirón que daba a su discípulo Aquiles carne de león para hacer-

---

(1) Conferencias en la Cátedra, 1920. (Nota para la 2ª E.H.C.R., de 1963).

lo valiente y le prohibía la carne de gamo para que no se hiciera cobarde.

El efecto de las lecturas es mucho más complejo; además del efecto directo, además del efecto inverso que se produce muchas veces por un proceso psicológico casi tan simple como el anterior, hay otro: el habitual, mucho más complejo, casi siempre imprevisible —por más que una cosa sí puede preverse— y es que el efecto depende más de la altura de los planos y en general de la nobleza del material que de la orientación misma de las ideas. Y en todo caso, aun desde ese punto de vista timorato, conocer a Nietzsche sin leerlo, lo que es fatal, será siempre peor que leerlo si se lo lee como se debe.

Ahora, ¿cómo se debe leer a Nietzsche? ¿cuál es el mejor uso de Nietzsche? y ¿cuál es el mejor Nietzsche?

Ante todo, Nietzsche es malísimamente conocido. Esto parece paradójico tratándose de un escritor cuyo nombre es tan difundido, y es verdad sin embargo.

Se lo conoce, en general por una idea resumida de su filosofía; cuando más, si se lo conoce directamente, casi siempre se elige la parte peor. Y, desde luego, no se puede resumir a nadie. Cada hombre es todo él; dejémosle por lo menos todo lo que escribió, que ya es bastante resumen. Sin duda hay que hacerlos: razones pedagógicas, necesidades o conveniencias para la popularización, para la difusión—pero sólo como mal necesario que hay que reducir a lo estrictamente necesario. Estos resúmenes son como un apoli-llamiento que a algunos escritores ya se los empieza a comer en vida!

Ahora, eso sí, a algunos pensadores se los puede sin-

tetizar mejor que a otros: mejor a los sistemáticos que a los no sistemáticos, mejor a los deductivos y sintéticos que a los observadores y analíticos; mejor a los fríos, razonadores, abstractos, que a los afectivos, literarios, cálidos, y también mejor a los exageradores y unilaterales que a aquellos cuya exposición y cuyo pensamiento se matizan de distinciones y se completan siempre con reservas. Mejor, por ejemplo, a un Spencer o a un Rousseau que a un James, o un Höffding, o a un Carlyle, o a un Bergson, o a un Montaigne, o a un Mill: En el primero, inmensa cantidad de ejemplos y de hechos particulares no son más que demostraciones, verdaderas o falsas, de principios; y el resumen consiste, en ese caso, en suprimir esos ejemplos de detalle; en tanto que en un Stuart Mill, por ejemplo, las ideas generales ordinarias, ni siquiera propias, son lo que vale menos, y en cambio tienen un valor inapreciable, casi único, las reservas, las distinciones, las complementaciones, los desarrollos, los perfeccionamientos. Más a un Rousseau que a un Montaigne: es imposible resumir, de escritor como este último, la observación exacta, el pensamiento siempre original y variado y el "esprit de finesse", en tanto que en el primero, las teorías unilateralizadas, casi se resumen por sí mismas y a pesar nuestro. No sólo el resumen es más fácil o más difícil según los casos, sino que hace más o menos mal; y hasta a algunos pensadores no podemos negar que con ello puede hacérseles un gran bien.

✓ Pero hay casos trágicos y el de Nietzsche lo es típicamente porque lo bueno de él no es resumible y lo malo lo es y muy fácilmente. Y debido a la forma en que Nietzsche

es resumido, los más no lo leen y los que lo leen van a buscar lo que menos vale en él.

Entre tanto, lo que yo creo verdadero al respecto, lo que voy a procurar probar en este estudio y lo que anticipo para su mejor comprensión, es lo siguiente: En grueso, podemos distinguir en Nietzsche dos partes: una sistematizada y otra no sistematizada. Entre paréntesis, y existiendo dos clases de obras de Nietzsche, unas que tienen forma sistemática y compuesta (esta es la forma de los libros de conjunto) y otras que son recopilaciones de aforismos, podría pensarse que la parte sistematizada se encuentra siempre y exclusivamente en las primeras y la parte no sistematizada siempre y exclusivamente en las segundas. Hay cierta tendencia en este sentido; pero no es completamente así.

La parte sistematizada se encuentra principalmente en los libros de forma sistematizada; pero se encuentra también en mayor o menor grado en las obras de aforismos, a algunas de las cuales estas ideas polarizan casi por completo.

La parte no sistematizada, en cambio, si bien se encuentra muy predominantemente en las obras de composición suelta, en las obras hechas de aforismos, aparece también como disuelta en las de aspecto sistematizado. Ahora bien, lo sistematizado, esto es, lo que se conoce generalmente como filosofía de Nietzsche, vale, en rigor, muy poco como verdad, como originalidad, como coherencia, y también en cuanto a valor moral; en cambio, la parte no sistematizada contiene riqueza y fecundidad casi incomparables. Y como lo resumible, y lo que se expone,

se cita y se discute es lo sistematizado, se han seguido de aquí para el mismo pensador —y en general para el pensamiento y para la acción contemporánea, por él tan influidas — errores y males.

Al mejor Nietzsche —repito— no se lo conoce; mientras que el peor y secundario, es el que se expone, se discute, se cita, y el que se ha popularizado y traducido en efectos prácticos, y el de usos religiosos, sociales, guerreros.

Anticipo mis conclusiones: supongamos un fabricante de levadura que hubiera sabido producirla de una calidad superior, casi única, y que al mismo tiempo con esa levadura hubiera querido hacer vino y le hubiera salido malo, agrio, tóxico. De él deberíamos utilizar la levadura fecundísima para hacer cada uno vino a nuestro modo. El que él fabricó es secundario.

Recuerdo entre los múltiples libros sobre Nietzsche uno que podría citar como tipo de lo que no debe hacerse, de lo contrario de lo que debe hacerse con este pensador: es un libro en que Faguet, para exponer y criticar el pensamiento de Nietzsche, empieza por explicarnos que él procurará darle lo que Nietzsche no consiguió, esto es, coherencia y sistematización; es, en este caso, la mejor manera de aislar lo peor y dejar de lado lo más valioso.

Lo que quiero decir y lo que procuraré probar es que la mejor actitud hacia Nietzsche es dejar de lado en él lo sistematizado, esto es, las que corren como ideas de Nietzsche, y estudiar y aprovechar el resto; la levadura para pensar.

Claro es que uno y otro punto de vista son incompletos y falseantes; Nietzsche es todo lo que escribió; pero es

mucho menos incompleto y falseante mi punto de vista que, por ejemplo, el de Faguet, no sólo porque lo no sistematizado es, con mucho, lo de más valor sino porque es también lo que se encontraba más de acuerdo con su temperamento; por una parte porque éste era rebelde a la sistematización, y por otra parte, porque lo sistemático de él está en contradicción con su carácter, con su bondad; no sólo es contradictorio en sí sino con el hombre.

La parte sistematizada, la filosofía de Nietzsche, sería en grueso resumen esto (así figura por lo demás en los libros de exposición, crítica y polémica):

Concepto de la historia y de la evolución humana expuesta en su primera obra "El nacimiento de la tragedia", simbolizado por tres principios: el principio dionisiaco: vida, entusiasmo, exhuberancia; el principio apolíneo: arte, medida, composición; y el principio socrático: ciencia, razón, optimismo intelectual.

Para Nietzsche, en este libro por lo menos, el principio dionisiaco, encauzado por el principio apolíneo, es el factor positivo de la civilización, en tanto que el factor negativo es el principio socrático. Todo esto, recubierto de símbolos, agrandado, trascendentalizado en forma a veces hasta fantástica y más o menos caprichosa y haciendo entrar en este esquema desde la historia antigua hasta la música de Wagner.

Segunda idea de la filosofía de Nietzsche: la vida, su expansión en sí y por sí (es la idea de Guyau, pero concebida al revés): Para Guyau la vida es esencialmente social, la vida de cada hombre armónica y también auxiliar y colaboradora de la de los otros hombres. Para

Nietzsche, al contrario, la vida es agresiva, hostil, la vida de cada individuo va contra la de los otros.

Después la filosofía social a base de cuatro ideas: a) el dualismo social, las clases sociales; b) la insurrección de los esclavos; c) el predominio de la moral de éstos y d) la necesidad de intervertir los valores.

El dualismo social: dos clases: una superior, aristocrática en cierto sentido; otra, servidora, subordinada o destinada a la subordinación; desprecio hacia esta última, hacia la masa, hacia la familia, hacia el *humanum pecus*. Sólo valen los hombres superiores.

La idea histórica de la insurrección de esclavos. Han existido varias; el budismo habría sido una insurrección de esclavos; el socratismo, otra; pero la más grande y la más funesta habría sido la de los judíos, representada por el cristianismo, —no precisamente por Jesús a quien Nietzsche en cierto sentido aísla según su definición como a un libre pensador— pero sí por el cristianismo, que sería más bien un paulismo; y debido a estas insurrecciones, las cualidades de los esclavos, la resignación, la pobreza de espíritu, la obediencia, la debilidad, el espíritu gregario, todos estos sentimientos hechos para esclavos, hechos para la clase subordinada e inferior, han sido erigidos en valores superiores. Por lo demás, la obsesión de la insurrección de esclavos dominaba de tal manera el pensamiento de Nietzsche que hasta el libre pensamiento, la democracia, la ciencia representaban para él o eran efecto de ella. Y finalmente sería necesario, para restablecer los valores, volver a invertirlos.

Otra de las ideas que forman parte de la filosofía sis-

tematizada o sistematizable de Nietzsche: el super-hombre: el hombre actual como provisorio, la humanidad actual como auroral; la expectativa de un ser que fuera al hombre actual lo que es éste al mono; y la preparación y expectativa del super-hombre.

Finalmente, la idea del "retour" universal, todo rítmico. No siendo infinitas las combinaciones posibles, es forzosa la repetición y por consiguiente el ciclo cósmico y por lo tanto humano. Zaratustra muere de alegría cuando el hombre acepta la vida a pesar de la repetición eterna.

El valor de eso como sistematización ¿cuál es? No hay mayor originalidad, por ejemplo, en la idea del ciclo y de la repetición universal, en la misma idea de la expansión de la vida, que tomó de Guyau si bien le invirtió el signo; y es fácil también señalar unilateralidades, vacilaciones, contradicciones. Por ejemplo: unilateralidad y simplismo en la manera de tratar los tres principios y sobretudo en oponer uno como malo a los otros dos como buenos. Más que la filosofía de Nietzsche valdría indudablemente la que preconizara y facilitara la síntesis viva y la lucha de los tres principios. La razón por lo demás tiene su dionisiaco como tiene su quijotesco y no sólo hay aquí simplismo y unilateralidad.

El que conozca la obra de Nietzsche encuentra a este respecto una de sus mayores contradicciones: el socratismo, la razón y el libre pensamiento representan para él un principio limitante y negativo; entre tanto una de sus obras más intensas, el "Anticristo", que es más bien —ya lo he indicado— un anticristianismo, vibra de una obsesión: la obsesión de la verdad. La verdad antes que todo

y en todos los sentidos, la verdad antes que la esperanza, la verdad antes que el sentimiento, la ciencia, el libre pensamiento. El Anticristo está todo sentido dentro del socratismo, y si el socratismo simboliza la razón y el libre pensamiento, Cristo es combatido en nombre de Sócrates. Su concepto de la vida como hostil y agresiva es una unilateralidad. Hay que confesar también que era una unilateralidad la de Guyau; la expansión de la vida individual no es siempre favorable y colaboradora ni es tampoco siempre hostil, contraria y limitante de la expansión de las otras vidas individuales. Pero como lo ha observado Höffding, Guyau fue mucho más hondo por cuanto puso el principio esencial antes de la distinción entre el egoísmo y el altruismo. Su ejemplo de la madre que lacta está mal generalizado pero es aplicable a muchos casos tras de ser hermosísimo: la madre da al hijo no lo que ella necesita sino lo que le sobra, y lactar es bueno para el hijo y para la madre.

Muchas contradicciones se han hecho notar en la filosofía de Nietzsche: la tarea es fácil.

Hay alguna contradicción—quizá podría ser discutible—entre la vuelta eterna y el superhombre; contradicción hasta cierto punto más seria entre el dualismo social y el concepto optimista de la bondad de la vida.

También dice con razón Höffding señalando una contradicción más profunda, que la vida espiritual, el principio dionisiaco, era, se manifestaba mucho más intenso y profundo entre los pretendidos esclavos que en los dominadores sociales, y desde este punto de vista, por ejemplo,

el cristianismo, sea cual sea nuestra apreciación sobre él fue un movimiento dionisiaco.

Pero yo creo que se pueden señalar todavía contradicciones más grandes; y hay ésta, enorme: la filosofía de Nietzsche representa por una parte el acatamiento de la fuerza y del dominio, a tal punto que el dominio, la voluntad de potencia, son para él criterio de superioridad; y por otra parte la filosofía de la historia de Nietzsche nos representa a los pretendidos superiores dominados casi desde el principio por los pretendidos inferiores; la insurrección de esclavos, representada primero por los principios búdico y socrático y más tarde por el principio cristiano, es la que ha dominado la historia.

Los pretendidos superiores han sido los esclavos de hecho, los pretendidos inferiores han sido y son todavía los amos; de aquí la desesperación de Nietzsche en su intento de volver a intervertir los valores (pero ¿tiene derecho dentro de su doctrina, si el criterio es precisamente la fuerza y si la fuerza ha dado el triunfo a esos pretendidos esclavos? Esta contradicción hace estallar a mi juicio la sistematización nietzschiana. Y después quedan otras muchas por señalar, vacilaciones y contradicciones sobre la causa y verdadera justificación del dualismo social. Se ha hecho ver con razón que a veces los concibe como fin en sí y otras veces como un medio. En el primer caso sólo los hombres superiores serían considerados como fines; en el segundo, sea para facilitar la evolución humana o la aparición del superhombre o sea para asegurar una felicidad mayor para los inferiores, el dualismo social estaría por lo menos destinado a asegurar un bien general. La filosofía de

Nietzsche es más alta, más noble y al mismo tiempo más emocionante cuando el dualismo social nos es presentado como una preparación para el advenimiento del superhombre. Entonces el dominio de las masas por una clase aristocrática sería un simple medio y podría estar magnificada, justificada por su fin; pero aun así, aun desde este punto de vista, el concepto de la historia, de la psicología y de la moral humana me parece mal entendido por Nietzsche: aun desde este punto de vista habría que entenderse sobre el papel evolutivo de lo triste: no sólo lo fuerte, lo alegre, lo dominador, son evolutivos; al contrario, tal vez haya más fermento de progreso y más vida bien entendida en lo triste y en lo doloroso; en lo anormal —que por lo demás, engloba lo inferior y lo superior—; en lo enfermo —en el cuerpo y en el espíritu— que revuelve y enriquece el fermento humano y aumenta las posibilidades; en la piedad, que mejora más que la dureza y que prepara mejor al superhombre si el superhombre fuera una posibilidad. Sobre el mismo concepto de superhombre hay en la filosofía de Nietzsche fluctuaciones, contradicciones. En ocasiones nos es descrito por él tomando como modelo los tipos de hombres o de épocas que menos han valido en la humanidad: hasta César Borgia o los tiempos más duros del Imperio Romano aparecen como ejemplo. En otros casos menos extremos, el superhombre no es realmente la base de los sentimientos más altos y nobles.

Pero esta tarea de buscar contradicciones en una filosofía mal coherente y deleznable, como sistematización, es secundario. Más vale señalar, y existe, todavía más grande, la contradicción entre la mayor parte de las tendencias de

esta filosofía y el hombre mismo: el hombre que era bueno y noble, lo cual contribuye más que nada a introducir la contradicción en el sistema.

Una sola lectura bastaría: la del final proyectado de Zaratustra:

"CCCXLII. — INCIPIT TRAGOEDIA. — Cuando Zaratustra cumplió los treinta años se alejó de su patria y del lago Urmí y se fue al monte. Allí gozó de su espíritu y de su soledad, sin cansarse, por espacio de diez años. Mas al cabo su corazón se transformó, y una mañana, levantándose con la aurora, avanzó hacia el sol y le habló en estos términos: "Oh, gran astro! ¿Qué sería de tu dicha si no fuera por aquellos a quienes iluminas? Hace diez años que vienes aquí, hasta mi caverna: sin mí, sin mi águila y mi serpiente te habrías cansado ya de tu luz y del camino; nosotros recibimos tus sobras y te bendecemos. Mira! Estoy hastiado de mi sabiduría, como la abeja que ha libado mucha miel; necesito ver manos extendidas. Quisiera dar y distribuir hasta que los sabios de entre los hombres volvieran a sentirse alegres con su locura y los pobres felices con su riqueza. Para ello es menester que descienda a las profundidades, como haces tú por la tarde, cuando te vas detrás de los mares a llevar tu claridad debajo del mundo! ¡Oh astro desbordante de riqueza! Tengo que desaparecer como tú, tengo que *ponerme*, como dicen los hombres hacia los cuales quiero descender. Bendice, pues, oh ojo sereno, que puedes contemplar sin envidia hasta una felicidad demasiado grande, bendice la copa que quiere derramarse, y que el agua dorada que se vierta lle-

ve a todas partes el reflejo de tu alegría! Mira, esta copa quiere vaciarse de nuevo! Zaratustra quiere volver a ser hombre". Así empezó el ocaso de Zaratustra". (1)

Esto, en tanto, es, en la forma y en el sentimiento, de fundador de religiones: felicidad para todos, bondad, altruismo, que era lo que había en el fondo de su alma. El que no penetre en las profundas contradicciones que estamos señalando, no comprendería nunca que pasaje semejante fuera del pensador cuyo sistema se ha vuelto para nosotros un símbolo del egoísmo y de la dureza.

Así escribía sobre la piedad y sobre el amor, y si se lee su última obra *El Anticristo* no acabaríamos de citar pasajes en que la verdad se vuelve una obsesión, una obsesión que domina todo.

Quizá ningún pensador ha sabido sentir tanto la verdad; y con el amor y la verdad podemos hacer la moral. La moral entera se compone en realidad de más cosas, como la luz blanca que tiene muchos colores; pero como ésta puede formarse con dos colores complementarios, así no sería imposible integrar toda la moral con el amor y la verdad. Esa moral que él combatió y ridiculizó, esa moral que él presentó como "moralina"; pero a la cual se vuelve en planos profundos, después que se siente lo pedantesco, lo paradójico, lo estrecho, lo cristalizado de sus formas inferiores! Si se sigue sintiendo se vuelve a la verdad, se vuelve a la justicia, se vuelve a la piedad y a la caridad; en algunos por razones ideológicas, en otros

---

(1) Nietzsche, Federico. *La gaya ciencia*. Madrid, La España Moderna, s. f. pp. 246-247.

por razones afectivas, o por la fe; y en otros por una especie de "roidissement" que da la moral, menos justificable teóricamente, pero quizá prácticamente la más fuerte, la más sólida y la más inatacable de todas las fundamentaciones.

Y a eso tendía él en su vida; recordemos la dignidad de su actuación intelectual, su escrupulosidad como funcionario y profesor. Su misma tragedia, la locura, se debió, parcialmente al menos, a la manera como entendió y sintió su misión de enfermero en la guerra.

Hasta en sus relaciones de familia de las cuales es símbolo una de sus últimas cartas, la más conmovedora que conozco. Sintiendo la locura que lo domina ya, en los últimos días, cuando la tragedia lo ensombrece y va a acabar con su razón y él lo sabe, ha recibido de su madre, vieja, ignorante, sencilla, un regalo, y se lo agradece; el regalo es un jamón; y aquel hombre que ha sentido y pensado todo aquello, que comprende que ya no puede dominar la tragedia, que su razón se va, escribe a la madre una carta simple, en el mismo estilo que ella, en la que le agradece su regalo, le dice que el jamón le ha gustado mucho y le pide que le mande otro igual. Pocos días después es la locura.

Por eso mi concepto de Nietzsche ya que fatalmente hemos de simplificar, es el mejor, no sólo por el valor relativo de su sistematización, no sólo por su impotencia para sistematizar, sino por la contradicción de lo sistemático con su personalidad moro-intelectual; mi concepto no sólo es el menos falso sino que es el menos injusto.

Llanamente, pues, quiero decir que hay que tratar a

Nietzsche y utilizarlo como un fermento para pensar; que deben leerse de él, sobre todo aquellas obras que no están demasiado polarizadas por sus ideas sistematizadas, lo que ocurre especialmente con algunos de los libros de aforismos. Señalo como los más libres dos: *La gaya ciencia* y *El viajero y su sombra*.

Otros como *Aurora* a pesar de estar escritos en forma de aforismos, están para mí polarizados por las ideas directrices sistemáticas. Los mismos libros sistematizados debemos leerlos tratando como cosa secundaria esas ideas no demasiado originales ni demasiado coherentes que constituyen lo que se llama la filosofía de Nietzsche, y buscando la parte libre, espontánea, genial y no polarizada de su pensamiento, con lo cual, por lo demás, no sólo haríamos lo mejor sino que satisfaceríamos su concepto de lo mejor.

He aquí algunos pasajes del mismo Nietzsche:

“Pues yo me comporto con los problemas hondos como con un baño frío: entrar y salir. Creer que de este modo no se llega al fondo, no se penetra en las honduras, es el error de los que tienen miedo al agua, de los enemigos del agua fría; hablan sin tener experiencia. Ah! el frío intenso da rapidez. Y dicho sea de paso, ¿es qué no se puede comprender ni conocer una cosa tocándola al vuelo, abarcándola de una ojeada, como un relámpago? ¿Es preciso empezar por sentarse reposadamente y empollarla como un huevo, *diu noctuque incubando* como de sí mismo decía Newton? Por lo menos hay algunas verdades de un pudor y una susceptibilidad tan particulares que sólo

por sorpresa podemos apoderarnos de ellas, hay que sorprenderlas o dejarlas". (1)

Otro pasaje:

"La inteligencia es en casi todos los hombres una máquina pesada, complicada y rechinante, que cuesta trabajo poner en movimiento. Llaman tomar las cosas en serio a trabajar y pensar sensatamente con ayuda de dicha máquina. ¡Cuán poco debe ser para los que se encuentran en este caso pensar sensatamente! La graciosa bestia humana parece que pierde el buen humor cuando se pone a pensar; se pone seria. Donde quiera que hay risas y alegrías el pensamiento no vale nada. Tal es el prejuicio de esta bestia formal contra toda Gaya Ciencia. Pues bien: enseñémosle que eso es una preocupación!" (2)

"CCXXXI. — LOS SERES PROFUNDOS. — Los remolones del conocimiento se figuran que la lentitud es parte integrante del conocimiento". (3)

Otro todavía para terminar:

"CCCLVI. — ACERCA DE UN LIBRO CIENTIFICO. — No soy de aquellos que sólo piensan entre libros y por estímulo de libros; tengo costumbre de pensar al aire libre, andando, saltando, trepando, bailando, y más a gusto

---

(1) Nietzsche, Federico. *La gaya ciencia*. Madrid. La España Moderna, s. f. p. 315.

(2) *op. cit.*, p. 229.

(3) *op. cit.*, p. 183.

sobre montañas solitarias o a orillas del mar, allí donde hasta los caminos se vuelven problemáticos, lo primero que miro para juzgar del valor de un libro, de un hombre o de un trozo de música, es si andan, o mejor todavía si danzan. Rara vez leo, pero no leo del todo mal. ¡Cuán pronto adivino cómo ha llegado un autor a sus ideas, si fue sentado delante de un tintero, con el vientre hundido e inclinado el cuerpo sobre el papel! Si es así, bien pronto dejo el libro. Se adivinan en él los intestinos comprimidos —pondría las manos al fuego— como se adivinan la atmósfera cargada de la habitación, la poca altura del techo, la pequeñez del cuarto. Tales fueron los pensamientos que se me ocurrieron ha poco, al cerrar un honrado libro científico, al cual quedé muy agradecido, aunque descansé al dejarle. En los libros de los sabios hay casi siempre algo oprimido que oprime: el especialista asoma siempre por alguna parte; se ve su ceño, su formalidad, su mal humor, su vanidad respecto al rincón en que se ha puesto a hilar su tela de araña; se ve su joroba, pues todo especialista tiene su joroba correspondiente". (1)

Vamos pues a hacer un ensayo de presentar a Nietzsche tal como yo lo concibo.

Para esto haremos algunas lecturas un poco al azar, como fermento para pensar. Vamos a procurar hacer una experiencia de nuestro criterio: ver que resulta leyendo a Nietzsche a nuestro modo. Entre paréntesis, tengo que reducir a una conferencia sola las que fueron lecturas y

---

(1) Nietzsche, Federico. *La gaja ciencia*. Madrid, La España Moderna, s. l., pp. 293-294.

comentarios de siete u ocho; no puedo hacerlo de manera que resulte del todo la convicción y sobre todo la impresión. Voy a suprimir casi todos los comentarios que son simplemente los míos, pero, de las lecturas, me ha costado mucho más hacer la selección. Antes, dos palabras sobre una cuestión: lo patológico en Nietzsche. Como cuestión de hecho se ha planteado la de cuando empezó a manifestarse su locura. Conocemos históricamente su probable origen; golpe en la cabeza por una caída del caballo cuando hacía ejercicios militares y contagio de enfermedades infecciosas en el ejercicio de sus funciones de enfermero, pero ustedes saben que se ha discutido mucho sobre en qué época empieza a notarse la influencia de su estado patológico en las obras. No tenemos elementos para resolver esta cuestión; faltan aquí elementos bibliográficos desde luego, y los existentes son de difícil interpretación, ya que, estando formadas a menudo las obras de Nietzsche por trozos compuestos en diferentes épocas, las fechas de la publicación no corresponden a las fechas de composición. Con todo: tengo la impresión de que no es cierto que la locura de Nietzsche empiece a manifestarse a partir de un momento dado; más bien su genio me parece como enturbiado intermitentemente; algo comparable a un cielo en que se van formando y disipando nubarrones hasta que por fin éstos se condensan para la tormenta final.

De todos modos en la obra de Nietzsche encontramos mucho de mórbido. Entre paréntesis, las traducciones son tanto más difíciles, cuanto que abunda en juegos de palabras, debido en parte a su profesión de filólogo y en parte a la misma tendencia patológica.

Agreguemos todavía que en las malas traducciones corrientes, puede parecer patológico lo mal traducido, pero lo más interesante que debemos observar es lo relativo a la comunicación de la parte subconsciente, no racional, no voluntaria del espíritu, con la parte consciente, racional y voluntaria.

Muchísimos problemas psicológicos (y para algunos trascendentes) han sido relacionados por la ciencia moderna con estos hechos de comunicación; hasta el mismo problema religioso, pues para William James, el órgano religioso es lo subconsciente y los hombres destituidos de sentimientos religiosos, son aquellos en quienes no existe la comunicación entre lo consciente y lo inconsciente: en estos hay departamentos, "étages".

(Esto puede implicar estrechamiento de la cuestión; en todo caso no es más que una aplicación posible).

Lo que es indudable, es la tendencia de ciertas obras geniales a manifestar ese tipo de la comunicación de lo subconsciente con lo consciente y racional, lo que da a su genialidad ese tipo especial de productos que salen, que no son hechos racionalmente de un pensamiento y de un lenguaje, que se imponen, que no son buscados. Muchas veces, en los ensueños de las personas que llamamos normales y que son habitualmente aquellas en quienes no existe la comunicación de lo consciente con lo subconsciente, se manifiesta sin embargo la formidable e ignorada existencia de este último; y también desde otro punto de vista tiene que ver Nietzsche con los ensueños, ya que es quizá el escritor que mejor nos da esas sensaciones que acompañan su recuerdo y que colorean de cierta manera los pensamien-

tos y los sentimientos. Poco importa el grado en que esto sea patológico si se relaciona con la genialidad. De patológico encontraremos todavía la gran desigualdad y encontraremos también, trivialidades. Y cabría aquí, todavía, otra digresión sobre una extraña relación entre lo trivial, lo genial y lo patológico: la facilidad con que los genios y precisamente los genios patológicos se equivocan sobre el valor de su propia producción, no distinguiendo, o distinguiendo menos bien que otros la más genial de lo absolutamente trivial, vulgar y hasta repetido.

De todos modos vamos a expresar nuestra experiencia y empezaremos por la lectura de unos cuantos aforismos, en los que se encuentra contenido el pensamiento que han desarrollado otros autores y que quizá hasta los han hecho célebres. Esta es una especie de demostración preliminar. Si mostramos a cada momento, en unas cuantas líneas de Nietzsche, lo que ha servido a otros para hacer libros enteros, cabe la posibilidad de que contenido tan rico tengan otros muchos aforismos o pasajes que no se encuentran en ese mismo caso:

*"Aforismo 11. — EL LIBRE ARBITRIO Y EL AISLAMIENTO DE LOS HECHOS. —* La observación inexacta que nos es habitual, toma un grupo de fenómenos para una unidad, y le llama un hecho: entre él y otro se representa un espacio vacío y aísla cada hecho. Pero en realidad, el conjunto de nuestra actividad y de nuestro conocimiento no es una serie de hechos y de espacios intermedios vacíos, es una corriente continua. Sólo la creencia en el libre arbitrio es precisamente incompatible con la concepción de una corriente continua, homogénea, indivi-

sible: supone que *toda acción particular* es aislada e indivisible; es una atomística en el dominio del querer y del saber. Del mismo modo que comprendemos inexactamente los caracteres, hacemos otros tantos hechos: hablamos de caracteres idénticos de hechos idénticos: no existe ni uno ni otro. Pero al fin no damos elogio ni censura sino bajo el influjo de esta idea falsa que hay hechos *idénticos*, que existe un orden graduado de géneros, de hechos, el cual responde a un orden graduado de valor: así *aislamos* no sólo el hecho particular, sino también a su vez los grupos de los hechos llamados idénticos (actos de bondad, de perversidad, de compasión, de envidia, etc.), los unos y los otros por error. La palabra y la idea son la causa más visible que nos hace creer en este aislamiento de grupos de acciones: no nos servimos solamente de ellas para *designar* las cosas; creemos primitivamente que por ellas percibimos su esencia. Las palabras y las ideas nos llevan ahora a representarnos constantemente las cosas como más sencillas de lo que son, separadas unas de otras, indivisibles, teniendo cada una una existencia en sí y por sí. Hay oculta en el lenguaje una mitología filosófica que a cada instante reaparece, por muchas precauciones que se tomen. La creencia en el libre arbitrio, es decir, la creencia en los hechos *idénticos* y en los hechos aislados, posee en el lenguaje un apóstol y un representante perpetuo". (1)

Quien conozca la tendencia más interesante de la psi-

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna. 2ª parte, s. I., pp. 181-182.

ciencia y de la filosofía modernas y quien conozca especialmente la doctrina de Bergson y de William James, experimentará una sensación de asombro al notar que en este pasaje de una página se encuentran casi todas las más fundamentales de las ideas capitales de esos dos filósofos y que nosotros consideramos eran de los pocos descubrimientos propiamente dichos del pensamiento actual en ese orden. Esta separación de la conciencia en hechos aislados con espacio vacío entre unos y otros hechos, es el descubrimiento de Bergson y de James; constituye lo más interesante y lo más sólido de su psicología filosófica y a menos que Bergson, James y Nietzsche tengan algún precursor común (orden de estudios a que nosotros no podemos entregarnos aquí) debemos considerar a Nietzsche, por este sólo hecho, como mucho más que un precursor de ambos. La misma expresión "corriente continua", aplicada a la conciencia y que aparece aquí dos veces, es la que toma James. (El capítulo más interesante de su psicología se llama "la corriente del pensamiento"). La "mitología filosófica" a que se refiere Nietzsche y que proviene del lenguaje, es también la expresión que recoge James, por ejemplo, en su interesantísima crítica del concepto de los asociacionistas sobre la existencia de ideas como átomos mentales, lo que para James es mitología. La expresión atomismo es también del lenguaje y del espíritu de las escuelas de Bergson y James, y la crítica de la doctrina asociacionista y del evolucionismo que derivó del asociacionismo, se hace en esas escuelas, considerando estas doctrinas como una ilegítima proyección de la materia sobre el espíritu; pero mucho más la aplicación al problema del

libre albedrío, el eje, el centro precisamente de la filosofía de Bergson. En sus "Datos inmediatos de la conciencia", Bergson procura comprobar y poner a prueba su sistema, su interpretación psicológica, aplicándola al problema del libre albedrío y del determinismo. Así hablan ellos, sólo que, cosa curiosa, para Bergson la concepción de la continuidad de la conciencia destruye el determinismo y funda el libre albedrío.

Para Nietzsche, que ha de ser anterior, la concepción de la continuidad de la conciencia, destruiría la creencia en el libre albedrío; en realidad —y quisiera poder comprobarlo aquí— los dos están equivocados, por cuanto es el mismo planteamiento del problema y no ninguna de sus soluciones, el que se resiente de la antigua concepción atomística del espíritu.

Por otra parte, Bergson, no por ser Bergson, ha dejado de caer en la confusión habitual, englobando los distintos problemas de la libertad y del determinismo; su doctrina en "Los datos inmediatos de la conciencia", bien interpretada, es una doctrina libre arbitrista, en el sentido de los problemas de la libertad, esto es, si tal sujeto, en ese caso un hombre o un espíritu humano, es o no independiente de lo exterior a él, pero en el otro sentido, en el problema del determinismo o del indeterminismo, la doctrina de Bergson es esencialmente determinista y su misma comparación de la fruta madura que cae del árbol y el acto que se produce traído por sus antecedentes, es como un resto del pensamiento y del lenguaje en este problema esencialmente determinista.

Más todavía: esta cuestión de si hay actos iguales está

relacionada desde luego con las interesantísimas cuestiones que tanto ha profundizado Bergson, sobre la cualidad y sobre la unidad e individualidad de cada estado mental, y está todavía relacionada, contiene y hace pensar en el más grave problema de la moral, por cuanto toda moral práctica se funda en una clasificación de actos, lo que implica simplificación e inadecuación.

Quizá las meditaciones que surgen naturalmente de aquí llevarán, no a suprimir la moral práctica, sino a considerar toda moral práctica, que para existir, necesita basarse en clasificaciones, como una necesidad práctica; y se podría seguir. Ahora bien: si se lee a Nietzsche prescindiendo del "dualismo social" y de las clases superiores e inferiores y de la dureza y del carácter patológico de la piedad y de las tres o cuatro ideas que lo han hecho célebre, que él creía, él mismo, principales en su espíritu, que no son más que secundarias, poco originales, contradictorias, si se lee a Nietzsche prescindiendo de todo eso, se encuentran continuamente pasajes de un valor fermental casi único, casi incomparable, como el que acabamos de leer, y cuyo análisis hemos esbozado.

El aforismo 4 de la obra: *Más allá del bien y del mal* empieza así:

"4. La falsedad de un juicio no puede servirnos de objeción contra él mismo. La cuestión es saber cuánto ayuda tal juicio para favorecer y conservar la vida, la especie y todo lo necesario a su evolución". (1)

---

(1) Nietzsche, Federico. *Más allá del bien y del mal*. Madrid, La España Moderna, s. f., p. 8.

Son tres líneas; está todo el pragmatismo, una escuela entera. Hombres de valor intelectual y moral como James, como Schiller, revolucionan, tal vez un poco pasajeramente y un poco más de lo debido, el mundo filosófico, con una doctrina. Si se la quiere condensar, si se quiere indicar su esencia, difícilmente se encontrará un resumen más breve, más concreto, más preciso, que el que de ella, por anticipado y pensando incidentalmente había dado Nietzsche.

Por lo demás en la filosofía de William James, encontramos muchas ideas o sugerencias posibles de Nietzsche, como ser ésta:

"Por ejemplo, aquello que entusiasma a su modo a ese pedante inglés que se llama Heriberto Spencer, lo que le hace trazar una línea de esperanza en el horizonte de sus deseos, es decir, esa lejana reconciliación entre el egoísmo y el altruismo, a nosotros casi nos produce repugnancia. Una humanidad que tuviese por perspectivas últimas, estas perspectivas spencerianas, nos parecería digna del desprecio y la destrucción". (1)

William James ha escrito algunos de sus pasajes más hermosos, literariamente hablando, combatiendo o manifestando precisamente su repugnancia por esa idea spenceriana que pondría al final de la evolución una humanidad en que la virtud fuera una manifestación natural; una humanidad por consiguiente sin tragedias, sin luchas, sin los dramas del bien y del mal, con una fuerza literaria que yo no puedo reproducir; después de una serie de im-

---

(1) James, William. *Los ideales de la vida*.

precaciones en que éste desea y prefiere matanzas de armenios concluye así: "Si los santos ardieron en las parrillas y si los mártires sangraron y si los héroes dieron su vida para que una humanidad insulsa prolongue por los siglos de los siglos una vida monótona, entonces caiga el telón sin que termine el espectáculo, para que lo que ha empezado como una tragedia, no tenga semejante desenlace". (1)

Ahora bien: sin formularlo con ese brillo literario, cualquiera podría pensar esto con la excitación del fermento nietzschiano, con sólo leer estas líneas.

"285. — LA INQUIETUD MODERNA. — Otro caso: Cuanto más al oeste, más crece la agitación humana, aunque los americanos se figuren a los europeos como amigos del ocio y de los placeres, siendo así que parecen un enjambre de abejas. Y es tan grande esta agitación, que la cultura moderna no tiene tiempo de madurar sus frutos: es como si se sucedieran rápidamente las estaciones. Por falta de reposo, nuestra civilización corre de nuevo a la barbarie. Nunca fueron más estimados los trabajadores. Así, pues, entre las enmiendas de la humanidad, es preciso incluir la vuelta a la vida contemplativa. De hoy más, todo individuo calmoso y sereno puede creer que, no sólo posee un buen temperamento, sino también una virtud de utilidad general, la cual tiene el deber de conservar".

En sí mismo no nos llamaría la atención este pasaje, pero la llama, a quien recuerde que William James sobre esta sola idea ha escrito un interesantísimo artículo que

---

(1) James, William. *Los ideales de la vida*.

llama *El evangelio del abandono* en que critica la tendencia norteamericana al exceso de trabajo y de agitación y en que desarrolla, a mi juicio con exageración, pero esto poco importa, esta idea de que la tranquilidad, la serenidad y la tendencia a la vida contemplativa, son algo así como una reserva que la humanidad se encuentra en el deber de conservar y estimular. Entre paréntesis, no indico estas correlaciones porque nos interese entrar en una cuestión de prioridades. Probablemente James es posterior; pero, lo repito, no tenemos aquí los medios bibliográficos y otros de hacer comprobaciones al respecto (ni esto interesa mucho). Por lo demás, hay otros casos en que las condensaciones de Nietzsche son evidentemente posteriores, sea por reminiscencia inconsciente, sea por coincidencia (poco importa también) y como ejemplo podríamos citar ésta, relativa precisamente al gran pedante:

"5. — DESESTIMACION DEL SUEÑO. — Durante el sueño, el hombre, en las épocas de civilización informe y rudimental, cree aprender a conocer un *segundo mundo real*; tal es el origen de toda metafísica. Sin el sueño no se habría encontrado ocasión de distinguir el mundo. La división en alma y cuerpo está también ligada a la más antigua concepción del sueño, del mismo modo que la creencia en una envoltura aparente del alma, es el origen de la creencia en los espíritus y acaso también en la de los dioses. "Lo muerto continúa viviendo, pues aparece en los vivos durante el sueño", así es como se razonaba en otro tiempo, razonamiento que duró millares de años". (1)

---

(1) Nietzsche, Federico. *Humano, demasiado humano*. Madrid, La España Moderna, s. l., p. 17.

La teoría animista del origen de las religiones basada en los ensueños es muy antigua; en realidad quien la desarrolló modernizándola fue precisamente Herbert Spencer, anterior probablemente en este caso a Nietzsche.

Otro caso de casi segura coincidencia casual, éste:

"101. — NO JUZGUEIS... Lo que todavía atenúa muchos horrores e inhumanidades increíbles en la historia, es la consideración de que el que ordena y el que ejecuta son personalidades diferentes: el primero, no presencia el hecho, y, por consiguiente, no presencia ninguna dura impresión sobre su imaginación; el segundo, obedece a un superior, y, por lo tanto, se cree irresponsable. La mayor parte de los príncipes y de los jefes militares, producen fácilmente, por falta de la imaginación, el efecto de hombres duros y crueles sin serlo". (1)

Ignoro si Nietzsche pensó aquí antes que Tolstoi o Tolstoi antes que Nietzsche, ni ello interesa. Ninguno de estos dos espíritus geniales tenía probabilidad de ir a buscar ideas en el otro, pero es el caso que lo que Tolstoi ha hecho sentir tan a fondo, tan intensamente, que el sentimiento que ha creado en nosotros al respecto constituye casi un sentimiento nuevo; este sentimiento de que la falta de relaciones directas de hombre a hombre, crea o refuerza la crueldad, la indiferencia, la dureza y también la falsedad de las relaciones en las sociedades modernas, todos esos sentimientos tolstoianos fueron sentidos y expresados

---

(1) Nietzsche, Federico. *Humano, demasiado humano*. Madrid. La España Moderna, s. f., pp. 89-90.

por Nietzsche en una fórmula brevísima, que puede hacer pensar y observar todo aquello a quien sea capaz de pensarlo y observarlo. Repito pues, que no cito con el objeto vano de mostrar coincidencias, en contra ni a favor de un escritor lo que, ni se puede aquí ni es lo que interesa, sino para indicar un criterio previo para aquilatar la inmensidad de contenido de estos aforismos: Con lo que hay en unas cuantas líneas de muchísimos de ellos, otros pensadores anteriores o posteriores —poco importa— han hecho libros enteros o han llamado profundamente la atención de los hombres y han podido casi obtener la celebridad. Seguramente habrá otros aforismos de Nietzsche que podrían producir o resumir libros; y otros en que, no coincidiendo con nada, contenga otro tanto; y cuando sentimos bien esto, nos damos cuenta hasta qué punto la atención que se presta a Nietzsche y las críticas habituales de Nietzsche están al margen; como se desaprovecha un fermento riquísimo, inapreciable, para juzgar unas cuantas ideas secundarias y fáciles de juzgar o para intoxicarse con el vino amargo y agrio que el productor hizo con aquel fermento.

Ahora voy a hacer dos cosas: primero un breve ensayo de lecturas casi al azar de los libros de aforismos y, segundo, ensayo o resumen de algunos de los libros compuestos como libros. Repito que no quiero decir que todas las obras hechas en la primera forma sean las mejores y que las inferiores sean las de forma compuesta; más bien es esto: que sea cual sea la forma, los mejores son los que están menos polarizados por las cuatro o cinco ideas sistematizadas o resumibles, por las ideas fijas de Nietzsche, mientras que al contrario, los que están demasiado polari-

zados por esas ideas son los que tienden a valer menos. Así, entre los que contienen más rico y variado fermento están: *La gaya ciencia* y *El viajero y su sombra*. Otros, aun entre los escritos en forma de aforismos están demasiado polarizados por las ideas sistematizadas, por ejemplo: *Más allá del bien y del mal*.

En los que tienen forma de libros hay, como es natural, generalmente más tendencias a la polarización, pero en resumen siempre el criterio, la norma para leerlo con más provecho, es la misma: donde aparezcan los "life-motives" obsesionantes, desprecio a la piedad y al amor, la dureza, el super-hombre concebido como dominador, como hombre que manda o como aristócrata en un mal sentido, el dualismo social, la clase inferior subordinada a la superior y ésta caracterizada por virtudes dominadoras; donde aparezca todo esto, sentirlo como cosa secundaria. A veces llenan libros enteros; otras veces aparecen aquí y allí.

El mismo Nietzsche ¿consideraba estas ideas como principales? Poco importa; se trata eso como cosa secundaria y no nos preocupemos mucho de si estas ideas son consecuentes; de si el pensador se contradice sea en un momento dado, sea en distintos momentos, sea en un mismo libro, sea en varios libros, cosa secundaria también.

Al mismo tiempo eliminemos, dejemos de lado lo trivial y lo que nos parezca claramente absurdo y claramente patológico, con la salvedad en este último caso, de que ha de tratarse de lo patológico inferior, no genial y entonces, en el residuo riquísimo que queda, encontramos muchísimas verdades e incomparables sugerencias.

Abramos pues, casi al azar, las páginas de dos de estos libros de aforismos: *El viajero y su sombra* y *La gaya ciencia*, ambos —y tal vez más el último, creo— de los más ricos fermentalmente y menos dominados por las ideas hipnotizantes. Empecemos por *El viajero y su sombra*. Voy a leer únicamente algunos y a suprimir casi todo comentario; quiero simplemente justificar un poco las ideas por el efecto para mostrar que son verdaderas:

“121. — PROMESA SOLEMNE. — No quiero leer más a un autor en quien se observa que ha querido hacer un libro. No leeré más que a aquellos cuyas ideas formaron inopinadamente un libro”. (1)

Hay muchas sugerencias aquí sobre la formación de las obras artísticas o científicas más intensas, que se forman solas, que no son tanto el resultado de la voluntad de producir belleza, o de encontrar la verdad, sino que se componen y salen solas; que se piensan naturalmente.

Esto es exagerado y simplificado: en primer lugar no son sólo esas las obras que valen; en segundo lugar esa formación puede ser involuntaria sólo en parte. En todo caso es posible, no que sólo debiera escribirse o darse al público lo que acaba por tomar forma de libro y, en general, unificada, ordenada, conexas, pero sí que no debiéramos esforzarnos artificialmente para dar a todo forma de libro.

Yo ensayé hace muchos años —quizá vuelva a ensa-

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna, s. f., p. 243.

yarme si la vida me deja — el publicar algunas ideas y sentimientos de otro modo, a medio pensar, sin unificarlos artificialmente, sin ponerlos en libro a la fuerza, y pensaba: cada escritor debería o podría tener una especie de revista personal y, además de los libros que publicara cuando sus ideas acabaran por tomar esa forma, presentar allí otras a medio pensar, sugerencias; podrían corregirse y complementarse con más facilidad y se evitará el relleno y la simetrización forzados, y no se morirán tantos, con tantas cosas adentro. Pienso ahora que esa idea hubiera podido ocurrírseme leyendo a Nietzsche.

Véanse estos tres aforismos, piénsense y siéntanse juntos:

“317. — OPINIONES Y PECES. — Somos poseedores de nuestras opiniones como somos poseedores de peces, en el sentido de que poseemos un estanque para pescarlos. Hay que ir a la pesca y tener suerte; entonces poseemos *nuestros* peces, *nuestras* opiniones. Hablo aquí de opiniones vivas, de peces vivos. Otros quedan satisfechos cuando poseen una colección de fósiles, y en su cerebro una colección de “convicciones””. (1)

“208. — POR QUE SE HA DE TENER A TODO EL MUNDO CONTRA SI. — Si alguien osase decir ahora: El que no está conmigo está contra mí, tendría inmediatamente a todo el mundo contra él. Este sentimiento honra a nuestra época”. (2)

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna, 2ª parte, s. f., p. 285.

(2) op. cit. p. 285.

"333. — MORIR POR LA VERDAD. — No nos haríamos quemar por nuestras opiniones; tan poco seguros estamos de ellas. Pero tal vez sería por el derecho de nuestras opiniones a poder cambiar". (1)

Todo lo que se piensa sobre la sinceridad del pensamiento, sobre las verdaderas convicciones, sobre el examen de la crítica, de la investigación, sobre el efecto de las convicciones hechas, sobre la sinceridad intelectual, sobre los obstáculos que para la investigación de la verdad por una parte y para el perfeccionamiento del espíritu, por la otra, representa cierta manera de crear, esto es, la que es inmodificable, inatacable por la crítica o por la observación; consideración sobre la libertad de pensamiento o sobre la tolerancia y consideraciones interesantísimas sugeridas aquí sobre la comparación entre la mentalidad moderna y la mentalidad antigua.

Esta, estupenda, de una realidad de observación que espanta:

"345. — ILUSION DE LOS ESPIRITUS SUPERIORES. — Los espíritus superiores sienten desprenderse de una ilusión: se figuran que excitan la envidia de los vulgares y que son considerados como excepciones. Pero en realidad se les considera como algo superfluo, de que se prescindiría si no existiese". (2)

Se refiere a una ilusión de los espíritus superiores — entre paréntesis no sé si es pesadumbre— tal vez sea para ellos una ilusión consoladora; el espíritu superior se cree

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*, Madrid. La España Moderna. 2ª parte, s. f., p. 344.

(2) op. cit., pp. 346-347.

más perseguido por el odio y por la envidia de lo que en realidad es; ¡cuántos hay que creen tener algo adentro y, a quienes nadie hace caso; se ilusionan a sí mismos y hay que dejarles esa ilusión con la creencia de que son víctimas de la conspiración del silencio; no se habla de ellos porque los demás sienten miedo a su superioridad, para que no se impongan, para que no sean conocidos, por envidia o por odio! Y qué observación se necesita para haber visto que la situación de los espíritus superiores es todavía infinitamente más trágica: que no se les hace caso, que no se les siente como espíritus superiores. No hay generalmente tal conspiración de silencio, sino una mezcla de incomprensión y de indiferencia; que no se les odia siquiera; que el vulgo los considera —Nietzsche lo ha dicho en una síntesis incommentable— “como algo superfluo”.

Voy a concluir lo más rápidamente posible con las lecturas:

“Aforismo 16. — EN QUE ES NECESARIA LA INDIFFERENCIA. — Nada sería más absurdo que esperar a que la ciencia establezca definitivamente conclusiones sobre las cosas primeras y últimas, y hasta entonces pensar a la manera *tradicional* (y, sobre todo, creer así!), como muchas veces se ha aconsejado. La tendencia a querer poseer *certeza* absoluta sobre esas materias, es un *exceso religioso*, nada más; una forma disfrazada y escéptica sólo en apariencia de la “necesidad metafísica”, a la que se agrega la idea preconcebida de que por mucho tiempo no se obtendrán esas certezas definitivas, y de que hasta entonces

el "creyente" tiene derecho a no preocuparse de todo ese orden de hechos..." (1)

En este interesante aforismo conviene que observemos como se forma un sofisma. Hasta aquí todo parece verdadero.

Empieza a formarse la falacia: como si no hubiera otra disyuntiva que escoger entre la certidumbre absoluta y pensar tradicionalmente por una parte y por otra no preocuparse de los hechos o como se dice en el título del aforismo: "la indiferencia".

Sigue:

"No tenemos *necesidad* absoluta de esas certezas que se agrupan en torno del distante horizonte para vivir una vida humana y sólida: como tampoco la hormiga tiene menester de ellas para ser una buena hormiga. Más bien nos será necesario poner en claro de donde proviene la fatal importancia que hemos atribuido desde hace tanto tiempo a estas cosas, y para eso necesitamos conocer la *historia* de los sentimientos morales y religiosos. Porque sólo bajo la influencia de esos sentimientos, se han hecho para nosotros tan graves y tan temibles esos problemas culminantes del conocimiento: se han introducido de contrabando en los dominios más exteriores, *hacia los cuales* el ojo del espíritu se dirige sin penetrar *en ellos*, conceptos como los de culpa y de pena (y hasta de pena eterna!) (2)

Efectivamente, desde un punto de vista práctico e inmediato no tenemos esa necesidad; la hormiga puede ser

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna. 2ª parte, s. I., pp. 184-185.

(2) *op. cit.* p. 185.

una buena hormiga sin preocuparse de los problemas trascendentes; pero, en ese mismo sentido puramente práctico el hombre podría ser un buen hombre. Pero es que precisamente no tendría sentido llamarle buen hombre si se limitara a esos problemas puramente prácticos. La hormiga es definitiva, el hombre está en evolución.

"Se ha imaginado desde la antigüedad aquello de que nada se podía asegurar, y se ha persuadido a la descendencia que admitiese esas imaginaciones como cosa seria y como verdad, usando como último triunfo de esta proposición execrable: que creer vale más que saber". (1)

Tiene razón Nietzsche en esta parte negativa.

Más adelante dice: "Ahora bien; lo que es necesario, frente a esas cosas últimas, no es el saber opuesto a la creencia, sino *la indiferencia respecto de la creencia y del supuesto saber en esas materias*". (2)

La falacia está formada del todo; sentir, creer subconscientemente que no hay más disyuntiva que esa: o creer tradicionalmente o bien la indiferencia con respecto a lo trascendente. Hay una segunda actitud que es la mejor: sin creer tradicionalmente, sin creer poseer la ciencia, el conocimiento, sentir sin embargo esos problemas y sentirlos hasta el grado extremo, lo que está en razón directa con la superioridad del hombre como hombre, lo que estaría más en razón directa todavía con respecto a la superioridad del superhombre; no la indiferencia con res-

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna. 2ª parte, s. f., p. 185.

(2) *op. cit.* p. 185.

pecto a la superioridad del superhombre; no la indiferencia con respecto a lo trascendente sino el sentimiento hondo, fuerte, conmovido, de lo trascendente con las posibilidades que encierra.

Y a continuación: "Cualquier otra cosa debe tocarnos más de cerca que lo que hasta ahora se nos ha predicado como más importante, es decir, estas cuestiones: ¿Cuál es el fin del hombre? ¿Cuál es su destino después de la muerte? ¿Cómo se reconcilia con Dios? y todas las expresiones posibles de esas *curiosa*. Así como no nos atañen esas cuestiones de los dogmáticos religiosos, tampoco nos interesan las de los dogmáticos filosóficos, sean idealistas, materialistas o realistas. Todos se ocupan de inducirnos a una decisión sobre materias, en que ni creencia ni saber son necesarios..." (1)

Así suele ser, efectivamente; de hecho debemos defendernos de esos dogmáticos, sean idealistas, materialistas o realistas cuando quieren inducirnos a una decisión; pero esta actitud, lejos de llevarnos a la indiferencia con respecto a esos problemas, nos lleva a un interés más hondo y más vital, a un sentimiento más elevado de lo trascendente.

"55. — PELIGRO DEL LENGUAJE PARA LA LIBERTAD INTELECTUAL. — Toda palabra es un prejuicio". (2)

Esta sentencia tan breve vuelve a encerrar condensa-

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna, 2ª parte, s. I., pp. 185-186.

(2) *op. cit.*, p. 215.

dísimo uno de los descubrimientos más interesantes de la psicología moderna. Ya hemos encontrado en Nietzsche ideas que lo presentan como mucho más que un precursor de las teorías de James, Bergson y otros pensadores similares que han encontrado el papel catalizador y petrificador, diremos, de la palabra con respecto al pensamiento vivo.

"282. — EL PROFESOR ES UN MAL NECESARIO. — ¡Cuán pocas personas debe haber entre los espíritus productivos y los que tienen sed de recibir! Porque los *intermediarios* falsifican casi involuntariamente el alimento que transmiten; además, en recompensa de su mediación, exigen demasiado *para ellos*; interés, admiración, tiempo, dinero y otras cosas, de que se priva, por consiguiente, a los espíritus originales y productores. Hay que considerar siempre al profesor como un mal necesario, lo mismo que se hace con el comerciante; un mal que debe hacerse lo más *insignificante posible*". (1)

Es éste uno de los casos en que Nietzsche nos da un pensamiento en el grado justo. La característica de este espíritu es observar o sentir hechos, a menudo verdaderos y casi siempre interesantes, y unilateralizar sea sobre ellos, sea sobre reservas o negaciones, en el cual caso el pensamiento se engendra, por reacción, con igual absolutismo. Este caso es excepcional: la observación de Nietzsche es

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid, La España Moderna, 2ª parte, p. 321.

justísima: el intermediario entre los espíritus creadores y los espíritus receptores, sea profesor, sea expositor o crítico, por una parte reduce, empequeñece el pensamiento y por otra requiere para sí efectivamente demasiado interés, atención y hasta —con mucha agudeza lo hace notar Nietzsche— admiración. El giro habitual, la manera habitual de pensar de Nietzsche hubiera llegado a negar, a reaccionar contra el profesor, contra el intermediario; en este caso particular, sin embargo, presenta la verdad en el grado justo con la debida reserva. El profesor, el intermediario es un mal necesario y por consiguiente la actitud a tomar no es condenarlo ni eliminarlo sino sentirlo como tal mal y procurar reducirlo al grado en que es verdaderamente necesario. Si en todos los casos el giro del pensamiento de Nietzsche hubiera sido éste, pocos pensadores nos hubieran dado tantas verdades. Tengo, sin embargo, una duda: ¿hubiera sido tan célebre?

“315. — ADVERTENCIA A LOS ENTUSIASTAS. — Que el que gusta de dejarse *arrastrar* y desea verse arrebataado al cielo, tenga cuidado de no hacerse *demasiado pesado*; es decir que no aprenda demasiadas cosas y, sobre todo, que no se deje *invadir* por la ciencia! Eso es lo que hace pesado! Tened cuidado, oh entusiastas!” (1)

Aquí hay mucho. Desde luego el hecho verdadero de que por lo general no sólo los grandes productores en general, sino en la misma ciencia los grandes descubridores

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna. 2ª parte, s. f., p. 338.

no han sido demasiado eruditos; que los espíritus geniales y verdaderamente productores no se encuentran habitualmente entre aquellos que están demasiado cargados de nociones, demasiado cargados de saber. Un escritor ha podido decir con razón, si se lo entiende bien, que la mayor parte de los descubridores eran más ignorantes que los discípulos. Además este pensamiento de Nietzsche contiene en potencia reflexiones que en la época científica que ellos siguieron, hubieran sido sobre todo de gran interés. Hay en toda esta ciencia del siglo XIX que sobrevive un poco todavía ahora, la demasiado cargada de citas, la de terminología excesivamente erudita, un poco de falsificación del producto entonces más acreditado. Hay otras observaciones contenidas virtualmente en ese pensamiento y que a la vez indican la reducción a hacer: Llega a una edad en que, sea para producir, sea solamente para juzgar necesita el hombre en lo mental, como ocurre también antes en lo fisiológico, absorber menos, en que, ya armado y madurado, el espíritu necesita tomar menos del exterior; pero, inconveniente del uso de este pensamiento sin crítica: peligros de entenderlo mal, peligros para la juventud que hubiera querido aplicar, en el período de formación mental, ese principio que sólo empieza a ser verdadero después que el espíritu está hecho.

"342. — DESEQUILIBRIOS DEL PENSADOR. — Todo lo que le interrumpe en sus reflexiones (el *desequilibrio*, como se dice), debe considerarlo el pensador apaciblemente como un nuevo modelo que entra por la puerta

para ofrecerse al artista. Las interrupciones son los cuervos que llevan su alimento al solitario". (1)

Bien observado sólo en parte. Tranquilamente, no: los cuervos le llevan alimento al solitario, pero éste ha de darse en alimento al cuervo.

"330. — LOS QUE PREDICEN EL TIEMPO. — Del mismo modo que las nubes nos revelan adonde corren, por encima de nosotros, los vientos, así también los espíritus más ligeros y más libres, en sus corrientes, predicen el tiempo que va a venir. El viento del valle y las opiniones de la plaza pública de hoy no significan nada por lo que atañe al porvenir, porque no hablan sido de lo que se refiere al pasado". (2)

Desgraciadamente, hay una corrección que introducir. Las nubes más altas se ven, los espíritus más altos serían, no son, serían, signos del tiempo a venir; pero no sabemos verlos ni discernir el sentido de su movimiento. Los que vemos como espíritus más altos en una época determinada, generalmente no son todavía los más altos.

El vulgo ve pensadores que están altos para el vulgo y la "elite" ve pensadores que están altos para la "elite"; pero los más altos de todos, los que serían el verdadero signo del porvenir, esos generalmente no son percibidos; su gloria es póstuma y no pueden ser signos, si bien fecundan y crean.

"XLIX. — HABLA EL SABIO. — Extraño al pueblo,

---

(1) Nietzsche, Federico. — *El viajero y su sombra*, ed. cit. p. 346.

(2) op. cit. p. 203.

pero útil al pueblo, sigo mi camino, cuando con sol, cuando con nubes, y siempre por encima del pueblo". (1)

"LXIII. — MORAL DE ESTRELLA. — Predestinada a tu órbita ¿qué te importa la oscuridad, estrella? Gira, bienaventurada, al través del tiempo; la miseria es cosa para ti ajena y remota. Envías tu claridad al mundo más lejano! La piedad debe ser, para ti, pecado. Sólo admites esta ley: sé puro! (2)

Estas dos hermosísimas estrofas figuran para mí entre aquellas que, entendidas con simpatía, pueden servirnos para penetrar mejor el proceso por el cual, a mi juicio, Nietzsche cayó en esa actitud obsesa de hostilidad y de condenación hacia la piedad y hacia el amor. Interpretación esta mía que resuelve, o, lo que tiene más sentido, explica la contradicción entre el espíritu altruista, humano y aun tierno de Nietzsche y la dureza de su doctrina. Es uno de los casos en que no supo ajustar su pensamiento. Percibía Nietzsche un hecho que es verdadero en cierto grado como la adaptación de sus actos a un fin moralizador o pedagógico que tiende a empequeñecer o a rebajar desde cierto punto de vista al pensador. La indiferencia hacia lo inferior, hacia el pueblo, hacia la ignorancia, hacia la humildad, no salían en él de una verdadera hostilidad, sino de un sentimiento profundo de que el superiori-

---

(1) Nietzsche, Federico. — *La gaya ciencia*. Madrid. La España Moderna, s. l., p. 26.

(2) op. cit. p. 30.

zarse lo más posible, resulta la mejor manera de elevar la humanidad; extraña al pueblo pero útil al pueblo, siempre por encima del pueblo: y para la estrella la miseria es cosa ajena y remota y la piedad debe ser para ella pecado, porque su ley de ser pura le es impuesta por la necesidad de enviar claridad al mundo más lejano. El análisis de muchos pensamientos y pasajes dominantes de Nietzsche, si se hace con simpatía nos lleva a esta interpretación: Nietzsche olvidó dos cosas; 1º) que esa es una parte de la verdad, que el pensador no debe tal vez optar por uno de los bienes, sino quizás observar una actitud que, permitiéndole por una parte ejercer esa acción lejana y ulterior superiorizante, no le prive por completo de ejercer esa otra acción más inmediata. El ideal sería dar luz y calor; ser estrella siendo sol. Pero olvidó notar algo más profundo y es que sintiendo directamente a los hombres y la simpatía por los hombres y buscando ejercer acción sobre ellos, el pensador se eleva y se depura más todavía en cierto sentido; digo en cierto sentido porque este hecho es verdadero al mismo tiempo que el otro; coinciden o concurren o interfieren las dos clases de efectos.

"LIII. — DONDE COMIENZA EL BIEN. — Allí donde la débil potencia visual del ojo no puede ver ya los malos instintos como tales, por lo tenues que son, coloca el hombre la esfera del bien, y la impresión de haber pasado ya a este reino hace vibrar todos los instintos que se veían amenazados y contenidos por los instintos malos, como los sentimientos de seguridad, de bienestar, de benevolencia. Luego, cuanto más obtuso es el ojo, más extensa es la esfe-

ra del bien. De ahí la constante serenidad del pueblo y de los niños! De ahí el abatimiento de las grandes inteligencias, su negro humor y hasta su intranquilidad de conciencia!" (1)

A admirar: 1º la justeza de la observación, de las observaciones, sobre todo de esta última; como, al contrario de lo que hacen creer los cuentos morales y las ficciones optimistas de los libros pedagógicos, la intranquilidad de conciencia tiende a aumentar y no a disminuir con la moralidad, y 2º la belleza de la condensación, el contenido de unas cuantas líneas que muchos han desarrollado después en capítulos enteros; pero más interés tiene para nuestro punto de vista espiritual, esto es, para mostrar la superioridad de la parte no sistematizada de la filosofía de Nietzsche sobre su parte sistematizada; muchos pensamientos que nos lo siguen mostrando como mucho más que el precursor de las más modernas e interesantes tendencias de la filosofía actual.

Me sería imposible hacer un comentario detallado de estos dos, pero voy a indicar algo:

"CXI. — ORIGEN DE LA LOGICA. — ¿Cómo se formó la lógica en la cabeza del hombre? Sin duda mediante lo ilógico, cuya esfera debió de ser inmensa primitivamente. Parece cada vez más cierto que han ido desapareciendo innumerables seres que discurrían diferentemente de como nosotros discurrimos. Aquel que no acertaba, por ejemplo,

---

(1) Nietzsche, Federico. — *La gaya ciencia*. Madrid, La España Moderna, s. l., p. 81.

a descubrir semejanzas en lo relativo a los alimentos o a los animales enemigos del hombre, el que establecía con demasiada lentitud las categorías o era demasiado circunspecto en la subsunción o clasificación de ideas, disminuía sus probabilidades de duración mucho más que aquel otro que en presencia de cosas parecidas deducía inmediatamente su igualdad. De suerte que una inclinación predominante a considerar desde el primer instante las cosas parecidas como iguales —propensión ilógica en realidad, pues no hay cosa que sea igual a otra— fue quien echó primeramente los cimientos de la lógica. De igual manera, para que se formase la noción de sustancia, indispensable para la lógica —aunque en sentido estricto no existe nada que corresponda a ese concepto— fue preciso que por mucho tiempo no se viera ni sintiese lo que hay de mutable en las cosas. Los seres que no veían esto con exactitud tuvieron una ventaja sobre aquellos que advertían las fluctuaciones de todas las cosas. Todo grado superior de circunspección en las conclusiones, toda propensión al escepticismo es ya de por sí un gran peligro para la vida. Ningún ser viviente hubiese logrado conservarse si no se hubiera desarrollado con intensidad extraordinaria la inclinación contraria a aquella: la propensión a afirmar cualquier cosa antes que suspender el juicio, a engañarse y amplificar antes que esperar, a aprobar antes que negar, a juzgar como quiera que sea antes que ser meticoloso. La serie de pensamientos y deducciones lógicas que surgen en nuestro cerebro, tal como está organizado al presente, responde a un proceso, a una lucha de instintos en sí ilógicos e injustos; por lo general, no percibimos más que los resultados

de esa lucha; tan rápida y calladamente funciona ahora dentro de nosotros ese viejo mecanismo". (1)

Es imposible concebir una mayor condensación de ideas, que sobre todo llama la atención como interpretación científica; una especie de artista genial. La más profunda, casi la única parte profunda de la ulterior filosofía que se denominó "Pragmatismo", está condensada en este aforismo. Por lo demás hay aquí muchas cuestiones a separar: 1º) si el origen fue ese; y de todos modos una cosa es cierta y es que en el origen hubo eso, aunque no haya sido todo: que, efectivamente, para que se formara la lógica tal como la usamos o la concebimos hoy, era necesario que el hombre fuera ilógico, en el sentido de que, no pudiendo observar directamente la realidad que es continua y siempre diversa de sí misma, al contrario debía humanizar esa realidad y adaptarla a sí mismo, a sus propias facultades de percibirla, de percibir o concebir lo semejante allí donde había desemejanzas en la realidad, y percibir o concebir lo discontinuo allí donde la realidad era continua.

Lo repito: quien conozca la filosofía bergsoniana, puede apreciar hasta qué punto hay profundidad en este aforismo que aparece como uno de tantos en una de las páginas de un libro que contiene centenares.

Un segundo punto es más sutil y es saber si aun hoy la lógica sigue siendo eso, y Nietzsche ha presentido el carácter práctico de la lógica, como en otros aforismos, ha presentido más todavía: el carácter práctico de la moral;

---

(1) Nietzsche, Federico. *La gaya ciencia*. Madrid. La España Moderna, s. l., pp. 138-139.

esto es, que cuando nosotros establecemos categorías, semejanzas o similitudes, sea en conceptos abstractos, sea en actos para la clasificación moral, nosotros no ejercemos con esto un acto de conocimiento completamente adecuado, sino que más bien ejercemos o preparamos acción, o desnaturalizamos la realidad adaptándola para nuestra acción.

Vuelve la filosofía de Bergson.

Ahora, la diferencia está en que, en la época moderna todo ese juego de institutos prácticos es más sutil, más matizado, se acerca más a la realidad aun cuando no pueda adecuársele nunca y además hay un hecho fundamental y es que es o puede ser consciente de su misma deficiencia como adecuación.

A notar, sin embargo, lo siguiente: muchos de los que conocen y son capaces de comprender bien esta verdad de la inadecuación de nuestro pensamiento a la realidad, no comprenden sin embargo su carácter práctico; de esa inadecuación deducen la falsedad. Aquí tienen razón en cierto sentido pues también hay la inconveniencia de la lógica y de la moral, lo que es cosa distinta. La lógica y la moral, o en todo caso las clasificaciones de la lógica y de la moral son instrumentos de acción. Debemos darnos cuenta de que no se adaptan estrictamente a la realidad, sino que nos sirven para obrar sobre ella; pero esto no importa el descrédito ni el abandono de esos instrumentos, sino simplemente la conveniencia práctica, 1º de perfeccionarlos en lo posible, y segundo, de usarlos conscientemente dándonos cuenta de su relativa inadecuación.

Algunos de los aforismos que anteceden y siguen a

éste lo complementan y muestran todavía mejor ese aspecto de Nietzsche como precursor de las corrientes más interesantes del pensamiento moderno, filosófico y psicológico. Por ejemplo, véase lo que contiene este pasaje:

"Aforismo 112. — CAUSA Y EFECTO. — Llamamos explicación aquello que distingue nuestro saber de los grados de conocimiento y de ciencia más antiguos, pero, con todo, no es más que descripción. Describimos mejor, pero explicamos tan poco como nuestros antecesores. Hemos descubierto numerosas relaciones de sucesión allí donde el hombre sencillo y el sabio de las antiguas civilizaciones no veían más que dos cosas diferentes; de suerte que se habla corrientemente de causas y efectos. Hemos perfeccionado la imagen del devenir, pero no la hemos dejado atrás, adelantándonos a ver lo que hay tras ella. La serie de las causas se nos presenta más completa en todos los casos; deducimos que es menester que esta o aquella cosa hayan precedido para que ocurra otra determinada, pero con esto no adelantamos mucho. La cualidad de cada fenómeno químico, por ejemplo, resulta lo mismo antes que ahora, un milagro; lo propio sucede con todo movimiento de avance; nadie es capaz de *explicar* el choque. Y ¿cómo podríamos explicarnos cosas tales? Operamos con cosas que no existen, con líneas, superficies, cuerpos, átomos, tiempos y espacios divisibles. ¿Cómo sería posible la interpretación si de cada cosa hacemos una imagen, nuestra imagen? Debemos considerar la ciencia como una humanización de las cosas todo lo fiel posible. Al describir las cosas y su sucesión lo que hacemos es aprender a describirnos a nosotros mismos cada vez con mayor exactitud.

Causa y efecto: he ahí una dualidad que probablemente no existe. En realidad lo que tenemos delante es una continuidad, de la cual aislamos algunas partes, de la misma manera que percibimos un movimiento como una serie de puntos aislados; pero no le vemos, le suponemos". (1)

En todo esto hay sin duda algo que en la época de Nietzsche había sido ya comprendido y explicado por algunos pensadores incluso por el mismo Spencer; pero su pensamiento lo va llevando otra vez a lo más profundo del pragmatismo:

"Operamos con cosas que no existen, con líneas, superficies, cuerpos, átomos, tiempos y espacios divisibles. ¿Cómo sería posible la interpretación si de cada cosa hacemos una imagen, nuestra imagen? Debemos considerar la ciencia como una humanización de las cosas todo lo fiel posible." (2)

Otra vez Bergson y el pragmatismo, el pragmatismo de Schiller, el humanismo, etc.

"Causa y efecto: he ahí una dualidad que probablemente no existe. En realidad, lo que tenemos delante es una continuidad, de la cual aislamos algunas partes..." (2)

Y Bergson nuevamente por anticipado.

"CLXXII. — EL AGUAFIESTAS. —A. ¡Eres un aguafiestas, todo el mundo lo dice! B. Es verdad. Quito a cada cual la afición a su partido; eso es lo que ningún partido me perdona". (3)

---

(1) Nietzsche, Federico. *La gaya ciencia*. Madrid. La España Moderna, s. l., p. 140.

(2) *op. cit.*, p. 140.

(3) *op. cit.*, p. 171.

Ante todo, se trata de una observación profundamente real en el plano de la práctica, pero algo hay que anotar a propósito del aguafiestas especial que era Nietzsche. Su espíritu tenía una especie de defecto genial. Es tal vez el escritor que ha tenido un sentido más penetrante del aspecto incompleto o inferior, en resumen de lo que es criticable y negable de cada tendencia; hasta aquí tenemos al aguafiestas legítimo y justo; pero lo que yo llamo el defecto genial de Nietzsche era que sentía de tal manera, de un modo tan profundo y penetrante ese aspecto negativo, que acababa éste por imponérsele y en lugar de corregir, negaba y en lugar de reducir o mejorar, combatía. Desde otro punto de vista, podría decirse que quedaba en un plano medio sin ir al plano más profundo.

De todas las tendencias fundamentales, buenas, de la ciencia, de la religiosidad en el sentido de sentimiento conmovido y permanente de lo trascendente y de sus posibilidades, de la moral, de la democracia, del mundo moderno, veía el aspecto negativo, esto es, el segundo plano; salía del plano primero e ingenuo del que es simplemente un cientista, o un demócrata o un moralista ingenuo y limitado; percibía la parte negativa pero no llegó a comprender o a sentir que la posición más profunda que cabe es la de volver como en un tercer plano más hondo en defensa de todas las tendencias mejores con la conciencia de su deficiencia, de sus inferioridades y también de sus peligros y de sus falsificaciones.

Y hay que acabar con las lecturas. Vean lo que contienen solamente unas cuantas líneas de un largo aforismo del que no les leo sino estas líneas solas:

"...En resumen. Lo que no se edificará en lo sucesivo, lo que no podrá edificarse, será una sociedad en el antiguo sentido que tuvo esta palabra; para levantar edificio semejante nos falta todo, empezando por los materiales. *Nosotros no somos ya materiales adecuados para una sociedad...*" (1)

En la época en que yo comenté originariamente este aforismo, pretendía contradecir estas líneas profundas de Nietzsche una teoría que flotaba en el espíritu de muchos y que algunos escritores habían condensado, y erigido en teoría consciente, y formulado, sobre la superioridad de aquellos pueblos que habían logrado una organización colectiva de mayor rendimiento; en otros términos: tomar como criterio de superioridad la adecuación del material humano, del individuo para formar sociedad. Y cité en mis comentarios la teoría del químico y filósofo alemán Ostwald, quien sostenía entonces que la sociedad alemana representaba una época superior de la evolución humana o sea la era de la organización colectiva de la humanidad. El individualismo habría representado una época de progreso ya sobrepasada por la civilización de espíritus colectivos que Alemania representaba.

No quisiera ahora alterar el comentario que hice entonces; podría parecer vanidoso hacer notar hasta que punto me dieron razón los hechos cuando afirmé que el rendimiento colectivo y en general, la perfección para la adaptación a la sociedad, no era el criterio fundamental para

---

(1) Nietzsche, Federico. *La gaja ciencia*. Madrid. La España Moderna, s. l., p. 275.

juzgar superioridades humanas, sino simplemente un criterio completamente accesorio.

Mis apuntes decían textualmente así:

“Contra el pensamiento de Nietzsche, el de Ostwald; época de organización colectiva superior a la era individualista. Individuación y organización complementarias en parte pero contrarias en parte; mal ideal, himenóptero, cosa realizada pero no plástica. Perfección a expensas de perfectibilidad; el hombre es hombre, no es himenóptero sino hombre”.

No puede realizar —pensaba yo— esa perfección a expensas de la perfectibilidad, pero hay tendencia mala de lo demasiado social, demasiado fijo, falta de independencia individual; los fermentos, lo demasiado organizado; más aséptico, sin fermentos, y por consiguiente combinación y criterio fundamental, el mejor rendimiento colectivo que sea compatible con la más fuerte individualidad y, en conflictos, optar por la individualidad. Mi pensamiento, el que expresé entonces, puede adivinarse por esas notas; lo fundamental en toda época de organización humana que represente, que importe, que suponga posibilidad de perfección es el individuo, la individualidad fuerte y bien diversificada; la adaptación del individuo a una sociedad, el rendimiento colectivo es un criterio solo complementario de superioridad, lejos de ser —como lo pensaba Ostwald— optar por la individualidad. Mi pensamiento, el que expresé entonces, puede adivinarse por esas notas; lo fundamental en toda época de organización humana que represente, que importe, que suponga posibilidad de perfección es el individuo, la individualidad fuerte y bien di-

versificada; la adaptación del individuo a una sociedad, el rendimiento colectivo es un criterio solo complementario de superioridad, lejos de ser —como lo pensaba Ostwald— el criterio fundamental de superioridad, el que puede permitir caracterizar como superior a la sociedad que mejor lo realiza; es un criterio, sí, pero es secundario.

La sociedad mejor es la que tiene mejores individuos, la que tiene individuos más fuertes, más intensos, más potentes y más diversos también; individuos más individuales, en suma. Entre paréntesis, Whitman sintió y expresó esto de una manera estupenda. Ahora, mientras la individualidad no sea afectada, entonces sí; ideal a perseguir: la mejor organización y el mejor rendimiento colectivo; pero, en cuanto entre el conflicto, en cuanto la organización y el rendimiento colectivo afecten al individuo, entonces llegamos a mi fórmula: la perfección a expensas de la perfectibilidad que tiende, no a la superiorización, sino al contrario a la detención del progreso ante el desorden; la lucha pero con fermentos vivos.

Después, no hubiera necesitado elegir ejemplos; pero, para citar uno solo: cuando se produjo aquel célebre manifiesto de los intelectuales que todos han sentido como horrible, por más que la mayor parte lo critican sin saber por qué, yo trataba de mostrar como fundamental confirmación de mis ideas, por qué era, realmente, más horrible aun de como se sentía, y era esto: no la defensa de la patria ni siquiera la defensa del militarismo de una patria; era algo mucho más profundo y es que aquellos hombres, los más sabios, los más inteligentes de todos los hombres de pensamiento, cuando trataron de justificar hechos como,

por ejemplo, la invasión de Bélgica, no encontraron otro argumento nuevo que el que ya había hecho el Estado Mayor; la colectivización mutilando al individuo en la fuente más honda. Habían de tal manera suprimido la originalidad misma, además del sentimiento y pensamiento superiores que hasta para pensar, los pensadores aceptaban la disciplina de los soldados; no para obrar solamente.

Tiene razón Nietzsche: no somos materiales adecuados para una sociedad en el sentido antiguo, en el sentido, por ejemplo, del Imperio Romano —que por desgracia Nietzsche admira por una de sus tantas inconsecuencias y contradicciones— ni en el sentido en que tendía a conducir la civilización al Imperio Alemán: En todo caso, si somos materiales adecuados para una sociedad, ha de ser para una sociedad distinta y superiormente entendida, en que todo lo que sea disciplina, en que todo lo que sea colectivización, no mate, ni afecte, ni reduzca en nada lo del individuo, y podría agregarse una forma, una fórmula suplementaria: es bueno ser capaz de disciplina, pero es malo gustar de la disciplina.

Debo suspender las lecturas que corresponden a las que he hecho y muchísimas que he omitido en los dos libros que yo creo más ricos y fundamentales de Nietzsche: "*La gaya ciencia*" y "*El viajero y su sombra*", más todavía tal vez el primero que el segundo, pero los dos en alto grado y son precisamente las dos obras en que las ideas sistematizadas de Nietzsche aparecen menos e influyen menos cuando aparecen.

De los otros, escritos en forma de aforismos, *Humano, demasiado humano* es como intermedio. Allí ya se conden-

san más esas concreciones de ideas sistematizadas, pero hay todavía gran riqueza de pensamiento libre.

*Aurora y Más allá del bien y del mal* sin perjuicio todavía de proporción imponente de esa riqueza de pensamiento libre, están ya demasiado polarizados por las ideas sistemáticas, especialmente por la de dureza, voluntad de potencia, concepto de la inferioridad de la compasión, etc.

Ahora vamos a completar esta especie de demostración haciendo un ligero análisis de alguna de las obras de composición sistemática de Nietzsche, es decir de aquellas escritas propiamente en forma de libros y se hará —porque no podemos seguir ahora— en la conferencia próxima en la cual, indefectiblemente terminaremos con Nietzsche y estableceremos nuestras conclusiones generales.

Ahora ¿cómo leer los otros libros de Nietzsche, los que presentan un aspecto, cuando menos una apariencia de composición sistematizada? Desde luego, como se debe leer siempre: manteniendo la personalidad en guardia, con distinciones, reservas, pero en este caso particular y como en esos libros es donde se han condensado más las ideas sistematizadas de Nietzsche que representan más bien como la nube de su pensamiento y de su sentimiento —condensaciones que interceptan la luz y el calor— tendremos adicionalmente una precaución especial y es tener presente que esos conceptos nietzschianos son lo menos original, lo menos verdadero y lo menos noble de sus sentimientos; nos da como una especie de criterio automático para leer sus obras en general, y más especialmente las sistematizadas; nos ayuda como a eliminar previamente lo menos valioso y lo que más perjudica al autor y al lector.

Mostraremos esto también con ejemplos, pero no elegiremos el libro más difundido entre los sistemados, el que para casi todos, incluyendo el mismo Nietzsche, era el más importante: el *Zaratustra*.

Esta obra vale más tomada, sentida si se quiere como una especie de poema filosófico. La caracteriza además de la belleza literaria y cierta sensación permanente de profundidad vaga y genial, una falta de consecuencia excepcional, aun para el pensamiento de Nietzsche. Tal vez ninguna obra revela como ésta la impotencia de Nietzsche para pensar seguido y sistemáticamente.

*Zaratustra* quedó inconcluso y no por falta de tiempo o de aplicación sino precisamente, porque Nietzsche no pudo saber ni sentir bien lo que quería; sintió la necesidad de escribir otro libro, *Más allá del bien y del mal*, como comentario del *Zaratustra* inconcluso, pero él mismo se preguntaba hasta que punto aquel otro libro era un comentario.

Lo que nos da esa obra es, repito, la sensación genial de lo negativo, inferior, imperfecto o dudoso de todo: el arte, la ciencia, la moral, pero hay que tener en cuenta que con ese fondo es como se traza la acción desde luego, y aun como se piensa y se siente en la vida real.

En Nietzsche predominó completamente ese estado negativo e inhibió al pensamiento de tal manera que no lo dejó llegar a nada. La oscilación se siente aquí más que nunca entre los dos conceptos del dualismo social como fin en sí, implicando la subordinación de la clase inferior a la superior y como medio, medio necesario para la superiorización humana y el mismo bienestar de la inferior.

La incertidumbre sobre el concepto del superhombre, cuyo modelo oscila desde el tipo más inferior, a base de dureza, desde César Borgia hasta el tipo más elevado a base de verdad, y más todavía que de verdad, de bondad y amor. E incluso el libro, lo que quedó en él fue más bien la parte inferior; iba al otro llevado por su sentimiento natural y por su clase de espíritu; lo que nos queda del proyectado final de Zaratustra —y que hemos hecho conocer en la primera de estas conferencias— es algo noble; recuerda a los antiguos fundadores de religiones pero se perdió.

¡Cuánto mejor hubiera sido Nietzsche y como lo hubiéramos querido, si hubiera hecho lo que más que ningún otro hombre hubiera podido hacer: poner y hacer sentir al mismo tiempo la verdad, la bondad y el amor en planos profundos, o en otros términos, poner la moral en planos profundos, depurar a la moral de "moralina" como él mismo dijo y no hizo; el fondo hubiera sido el mismo: la oscilación, la duda, la crítica, pero en el plano de la acción, de la prédica, en el plano de la moral hacer sentir más hondo todavía que en la crítica, esa conciliación de la verdad y del amor!

Aun explicarme me cuesta; para hacer esto se necesitaba precisamente todo lo que Nietzsche tenía: primero, el sentido crítico; después, sentimientos hondos y nobles y todavía la genialidad en el pensamiento y la belleza de la forma.

Pero si yo pudiera explicar lo que estoy sintiendo, haría ver como, después de la crítica, después del concepto y del sentimiento de "moralina", después que sentimos lo

que hay en la moral de abstracto, de artificial, de puramente práctico, de estrecho intelectual y afectivamente, de pedagogizado, de hipocrizante; después, en planos profundos, en el fondo del alma se vuelve a lo mismo; a la verdad, a la justicia, a la lógica, al amor, a la bondad, a la simpatía, a la piedad; pero esto en vez de explicarlo con palabras solas, en vez de ser como somos nosotros impotentes para hacerlo sentir —pues aunque en el fondo de nuestra alma, el proceso entero se haya operado— no somos capaces de traducirlo: todo eso, Nietzsche hubiera sido capaz de expresarlo.

El gran escollo está en la vulgaridad; y la genialidad suprema a que nadie ha llegado, sería volver a lo verdadero, a lo bueno, después de la más honda, de la más profunda, de la más completa crítica, evitando la vulgaridad.

De todos modos no es ese un libro que haya de considerarse fundamental en él. Y una vez más, desastre de los discípulos que lo han querido comprender como algo docente, sistematizado; a Nietzsche le han salido discípulos discursivos, discípulos razonantes y también discípulos prácticos, discípulos de acción — y era el mismo Nietzsche quien sentía lo peligroso de ciertos discípulos que son como esas personas de muy buena voluntad que en cualquier parte donde entran, no pueden dejar de caerse y hacerse daño.

Así decía él, y no sé si previó a sus discípulos que no sólo no se hicieran daño sino que no le hicieran daño a los demás y a él. Por necesidad lógica pues y no porque me haya propuesto contradecir todo lo que es corriente acerca de Nietzsche, tengo que agregar todavía que el libro

que menos hay que leer entre los que escribió —estoy hablando en este momento de pensamiento, no de belleza— es el Zarathustra, esto es, el que van a leer la mayoría de los que no se contentan con resúmenes, con exposiciones ligeras; más bien para nuestras lecturas elegiríamos otro entre los libros sistemados: el *Anticristo*. Es ante todo un libro negativo, sin reservas ni distinciones, salvo, como lo veremos después, una, y fundamentalísima; su condena del cristianismo es tan absoluta como violenta: la obra termina así: "Y se mide el tiempo contando a partir del día nefasto en que comienza este destino, a contar desde el primer día del cristianismo: ¿Por qué no ha de medirse a contar desde su último día? A contar desde hoy...; trasmutación de todos los valores!"

A ese libro unos lo toman entero como verdadero y justo y de todos modos ha tenido una gran influencia en el pensamiento moderno. Ha ejercido un doble efecto: primero, en el mundo del arte, de la literatura, de la poesía, esa restauración o esa dignificación moderna del paganismo y si quieren ustedes, la moda del paganismo se debe en buena parte a su influencia directa o indirecta. Además, la influencia popular: un libro contra la religión que puede ser tomado en un plano violento y grueso; y así lo toma el pueblo habitualmente.

Otros, impresionados por la forma violenta de la obra, por su unilateralidad, sólo la juzgan o dejan de juzgarla como un libro de violencia o cuando más la excusan como un producto patológico.

Analícemos entre tanto para ver la posibilidad de aplicación de nuestro criterio: la obra requiere análisis,

distinciones, reservas como ninguna; el ataque al cristianismo se hace en nombre de haces de tendencias confundidas, entre las cuales, hablando simplística y llanamente diríamos que hay algunas fundamentalmente buenas, otras fundamentalmente malas y otras que no son fundamentalmente buenas ni malas sino que serán una u otra cosa según el signo que lleven.

Se ataca al cristianismo en nombre de tendencias fundamentalmente buenas: la verdad, la razón, el libre pensamiento, la crítica, la ciencia y también la salud, la felicidad terrena; se lo ataca y todo esto va confundido en nombre de tendencias malas en sí: la dureza, la condena-ción de la piedad, de la caridad, de la compasión; el dualismo social a base de aristocracia muchas veces en el peor sentido y división de la humanidad en una casta superior y otra inferior y finalmente, se ataca todavía al cristianismo en nombre de tendencias que en sí mismas no son ni buenas ni malas, y de aquí resulta, según hemos anunciado, una de las confusiones habituales de Nietzsche, en nombre de la potencia, de la fuerza de la voluntad que son buenas o malas según el signo que tengan. De esto resulta un intrincamiento de confusiones que debemos estar aclarando continuamente en la lectura y ello no puede reducirse a esquemas elementales. Podríamos por ejemplo tener la tentación de decir que el cristianismo fue bueno para el amor y malo para la verdad y que Nietzsche en vez de defenderlo por lo primero y atacarlo por lo segundo lo atacó globalmente por las dos tendencias.

Habría en esto bastante de exacto, pero vendrían siempre las distinciones que desimetrizarían nuestro es-

quema y desde luego ésta: que aun desde el punto de vista del amor fue el cristianismo imperfecto e incompleto por cuanto sólo enfocó sobre el amor humano general excluyendo sus manifestaciones particulares, individuales y muchas otras distinciones entre las cuales una que es la única que hizo Nietzsche, fue su única salvedad, su única reserva, pero hay que reconocer que fue la principal por cuanto se refería precisamente al mismo Jesús.

El libro de Nietzsche se llama *Anticristo* pero es un anticristianismo. Sólo un cristiano existió —dice Nietzsche— el que murió “en la cruz” y para él Cristo era el librepensador lo que no es una paradoja sino una definición genial. El librepensador contrario a todo lo establecido, a todo lo fijo, a los dogmas, a las iglesias hechas, a las reglas, a la ciencia, a las verdades impuestas, a la letra en nombre del espíritu: “La letra *mata*, todo lo que es fijo, *mata*” y el cristianismo —nos dice Nietzsche— falsificó.

Es éste uno de los puntos en que tiene razón en grueso y aun creo que pudo sentirlo o demostrarlo mejor: comparando el principio con el fin. Se nos ofrecen antítesis, tal vez las más caracterizadas en el proceso de la historia del pensamiento humano; la tendencia de Jesús era contraria a la iglesia, al sacerdocio, y el cristianismo formó la iglesia más organizada; era contrario a los dogmas, y dentro del cristianismo se fueron como endureciendo, como enquistando cada vez más los dogmas más cerrados; la tendencia de Jesús era pobrista y la iglesia —para emplear estas palabras más sintéticas— se hizo riquista; y era la tendencia de Jesús también mujerista. Suprimo las pala-

bras que, como socialista y feminista podrían dar un carácter demasiado pedantesco a nuestra disertación — mujerista y más o menos amor librista, por lo menos para perdonar; los tres focos más intensos del evangelio iluminan los tres episodios de la Samaritana, de María Magdalena y de la mujer adúltera.

La iglesia que salió de Jesús cristalizó también en ese punto una moral de rigidez, de dureza que no es del caso juzgar en este momento —hago notar únicamente la antitesis— y el cristianismo de Cristo era religión de paz, de paz en lo político por lo menos; y de él salió una religión que es, como todas, adaptada a la psicología y a la sociología de la guerra, pero más que todas de hecho.

Hay simplismo en ese concepto de Nietzsche; en esa oposición absoluta entre Cristo y el cristianismo o en esa exclusión absoluta de Cristo a quien saca del cristianismo histórico; no todo lo que actuó en el cristianismo fue totalmente y desde el principio anticristianismo; lo que hubo fue un proceso de interferencias, de luchas y si se quiere, lo que hubo fue el proceso general de las religiones que tienden al endurecimiento, a la pérdida del espíritu, al predominio de lo duro, de lo establecido, de la letra.

Pero de todos modos, acción particularmente errónea del pensamiento de Nietzsche y nos obliga a ponernos más en guardia, cuando utilizamos lo que hay de hermoso y de verdadero en este libro, contra sus tendencias sistematizadas, contra sus obsesiones y desde luego y antes que todo, contra la obsesión hacia la piedad. . . .

Cristo fue incompleto porque, al mismo tiempo que excitaba y calentaba el sentimiento del amor y de la pie-

dad, no sólo dejaba de lado mucho la verdad del conocimiento, la razón, la crítica, la justicia, sino que —aun desde el mismo punto de vista del amor— dejaba los sentimientos particulares, pero en cambio exaltó, sublimó, magnificó como ningún hombre el sentimiento del amor, la caridad, la piedad, la indulgencia. Y entre tanto es la obsesión de la dureza, esa obsesión de la piedad como sentimiento patológico lo que más va a echar a perder, lo que más quita valor al libro de Nietzsche y lo que más nos obliga a ponernos en guardia contra él.

Por eso —y les hago ver una vez más con estos ejemplos— nuestro criterio de dejar de lado como cosa secundaria las ideas sistematizadas de Nietzsche, es una especie de criterio automático, no para encontrar la verdad, no para evitar el error, sino para dejar de lado unos cuantos errores y poder seguir lo más fundamental, lo más importante, y poder seguir pensando y sintiendo y utilizando, aprovechando la riqueza del pensamiento; y de un pensamiento al que pocos pueden compararse.

Naturalmente y esto también lo hemos recomendado no hay que preocuparse de buscar contradicciones ni unilateralidades.

El cristianismo tuvo precisamente lo que preconiza Nietzsche: la fuerza, la organización, la voluntad de potencia y el poder de la fuerza, la organización, la voluntad de potencia y el poder de hecho; y más unilateral todavía al mismo tiempo que contradictorio resulta el pensamiento de Nietzsche al no tomar en cuenta ese factor de consuelo, de esperanza que ha dado la más rica vida espiritual a esa religión y la da a las religiones en general, sin

contar todavía con los errores y contradicciones, error primero, contradicciones después e inmensas que implica ese elogio al paganismo.

No hablaré del paganismo griego; no sabemos bastante todavía. Empezaríamos a dudar y a complicarnos oscilando entre cierta tendencia a hacer reservas y reducciones por una parte y por otra el respeto, el temor que nos infunden esas tendencias de adivinaciones de la doctrina socrática del significado profundo del paganismo, de los términos que encierra.

Quizá no entendemos, quizá no sabemos pero en todo caso dejando esa cuestión inmensa de la cual no podríamos salir, en todo caso, el paganismo romano, ese, era claramente degenerativo y su degeneración era de la misma clase que la del cristianismo, esto es, degeneración de endurecimiento, de desecación, de pérdida del espíritu, sólo que ha sido quizá la más grave que haya sufrido la historia humana.

El paganismo —sea cual fuera su valor y su origen primordial— había llegado con el imperio romano a la dureza y al desecamiento; como religión a la superstición en la forma más pobre e inferior.

El espíritu romano había empezado por empequeñecer, como por envejecer a los dioses griegos; pero esos mismos dioses desempeñaban bien poco papel en la religión romana. Era la religión más sin espíritu: ritos estrictos y supersticiones. En lo social la inferioridad de las clases subordinadas, de los pobres, de la mujer; en la inteligencia, la mediocridad; la imitación y la subordinación en ciencia; la imitación, hasta el plagio, en arte.

Organización, organización suprema, sí, la más fuerte, pero a base de dureza, a base de dominio, a base de imperio para una clase, para una patria, para unos hombres; organización que hubiera sido inhibitoria del progreso si no se la hubiera ablandado con amor y la misión histórica del cristianismo fue esa y Nietzsche no lo entiende.

El que ha sentido el carácter degenerativo del cristianismo final, del "aboutissement" del cristianismo, no ha podido sentir el carácter degenerativo y la misma clase de degeneración por desecamiento, por pérdida del espíritu, por pérdida del jugo, la degeneración de la misma clase del paganismo, que era más grave todavía.

Vino pues el cristianismo y fecundó de amor y calentó, pero vino incompleto porque vino contra la verdad, contra la ciencia, contra la crítica y degeneró a su vez. Las religiones tienen que degenerar, y al mismo tiempo que esas dos experiencias, como pequeños abortos: la degeneración del racionalismo y del ciencismo unilaterales; del racionalismo y del ciencismo que suprimían lo trascendente. Y queda la experiencia suprema, la que vendrá; la de vivir con todo; con la razón, con el sentimiento, buscando y queriendo todo: la verdad y el amor, llevando la razón y la ciencia hasta donde se pueda y no dejándolas nunca de sentir; lo trascendente, pero sintiéndolo, con sinceridad a base de ignorancia, de impotencia, de duda y hasta podría no degenerar; y en personas —he procurado demostrarlo— da mejores tipos y en la humanidad —he procurado demostrarlo también— tiende a dar algo mejor y, en todo caso, es el mejor ideal.

Pero no puedo seguir. Mi objeto principal es hacer notar solamente esto: que el que cree, el que tiene presente —como yo creo que es verdad— que esas ideas sistematizadas de Nietzsche que forman su psicología resumible y que lo han popularizado, son cosas de poca importancia y han sido, además, la causa de los principales errores, confusiones, inversiones de pensamiento de nuestro filósofo, tiene una especie de criterio automático negativo para empezar a leer sus obras.

Complementan este criterio la sensación de la inutilidad de andar buscando contradicciones tan frecuentes en el pensamiento de Nietzsche como la que hace notar Höfding: no sentir lo que tenía el cristianismo de dionisiaco, de vida interior, como la que yo he hecho notar más grave todavía: no darse cuenta de que su criterio de la potencia, de la fuerza, del dominio, de la superioridad de los más potentes y de los más fuertes lo llevaba a legitimar precisamente el triunfo del cristianismo y no a combatirlo en nombre de unos pretendidos fuertes y superiores que han quedado subordinados a todo lo largo de la historia, y otra que en este libro se hace notar como en ninguna parte: habiendo iniciado Nietzsche su filosofía por la condenación o el menosprecio del socratismo en el sentido de la ciencia y la verdad en este *Anticristo*, la palabra verdad es la que más aparece y Nietzsche hasta cierto punto unilateraliza sobre el concepto de verdad, tanto como Cristo unilateralizó sobre el amor.

Pero es difícil guardarse así y en la práctica, este hombre en el cual hay sin embargo tanto que hacer pensar, por ejemplo, los pasajes finales sobre lo que hubiera

sido la humanidad si la ciencia no hubiera sido perturbada, hasta aquí ha sido en la práctica un tóxico, como han sido tóxicos todas las doctrinas sistematizadas de Nietzsche, la lectura de esas tendencias de escuelas, aplicaciones, etc.

Ahora ¿para qué he dado estas conferencias?

En parte, con un fin que creo bueno, algo así como preventivo.

Nietzsche es uno de los escritores más difundidos directamente y sobre todo indirectamente. Contiene elementos de error y de mal; la defensa no es en manera alguna no leerlo, porque entonces lo conocemos inevitablemente y en su forma peor —ya hemos tratado de explicar por qué. La defensa es leerlo, pero leerlo bien, defendiéndose de lo erróneo y malo y utilizando el fermento incomparable.

Pero además para hacer este estudio sobre Nietzsche había una razón de justeza y de justicia. La popularización de este filósofo nos lo presenta como una especie de teórico de la dureza, de la crueldad y de la violencia. Entretanto, no sólo tiene en su obra elementos de riqueza incomparable, sino que ha sido mucho más que precursor de algunas de las tendencias más fecundas del pensamiento moderno; lo he relacionado por ejemplo con los descubrimientos de Bergson, James y otros en psicología y era por consiguiente de justeza y de justicia hacer ver lo que la popularización y la exposición por otros de los resúmenes y críticas hacen desaparecer, sino que causa dolor y una especie de piedad también, ver que la condenación

de las almas que mejor sienten tenga que ir hacia un hombre que era fundamentalmente bueno.

Su ataque como obseso a la piedad, a la compasión, al amor ¿fue, como alguien lo ha pretendido, una especie de reacción estoica contra la enfermedad? ¿Fue, como lo creo yo, más bien el resultado de una mentalidad especial que hacía ver tanto, tan claramente, tan penetrantemente y tan hondamente a Nietzsche el revés de lo que examinaba, la parte incompleta, deficiente, criticable de toda tesis que le llevaba a la antítesis por una reacción mal ponderada?

Fuera como fuera es necesario evitar por lo menos ese unilateralismo en la repulsión que a las almas bien hechas producen las teorías de Nietzsche. Le debemos por lo menos estas reservas, ya que era bueno.

Aquí vendrían ciertas lecturas que suprimo porque no tengo tiempo. Encontraríamos en ellas la contradicción continua entre la doctrina y el hombre; les haría sentir con lecturas, no sólo la obsesión de la verdad sino la hondura y la nobleza y la delicadeza de sus sentimientos en amor, en piedad. Pero por lo menos hemos de hacer ver una de esas contradicciones; quiero cerrar este estudio con algo que agrego ahora a propósito de la influencia de Nietzsche sobre la guerra.

Nietzsche ha sido uno de esos escritores alemanes a quienes se ha atribuido el haber formado esa psicología especial que intoxicó a un gran pueblo y así ha sido de hecho por sus doctrinas sistematizadas. La voluntad de potencia, la fuerza sin signo, la dureza, el desprecio o la condenación de la piedad, de la compasión como patológicas,

todo eso difundido y unilateralizado y hecho grosero y simple por la popularización, debían producir ese efecto y sin duda lo han producido.

Sin embargo, oigan ustedes:

"284. — LOS MEDIOS PARA LLEGAR A LA PAZ VERDADERA. — Ningún gobierno confiesa hoy día que sostiene su ejército para satisfacer en ciertas ocasiones sus ansias de conquista. El ejército debe, por el contrario, servir para la defensa. Para justificar este estado de cosas, invócase una moral que aprueba la legítima defensa. Réserve así uno la moralidad, y atribúyese al vecino la inmoralidad, porque hay que imaginar a éste dispuesto al ataque y a la conquista, si el estado de que se forma parte debe verse en la necesidad de acudir a los medios de defensa. Además se acusa a otro que, lo mismo que nuestro estado, niega la intención de atacar, y no mantiene tampoco su ejército más que por ocasiones de defensa, por los mismos motivos que nosotros; se le acusa, digo, de ser un hipócrita y un criminal astuto que quisiera arrojarse, sin ninguna clase de lucha, sobre una víctima inofensiva e inepta. En estas condiciones se encuentran hoy día los estados unos frente a otros; admiten en las malas intenciones en el vecino, y se atribuyen buenas intenciones. Pero esa es una *inhumanidad* tan nefasta y peor que la guerra: es ya una provocación y hasta un motivo de guerra, porque se atribuye la inmoralidad al vecino, y con eso parecen despertarse los sentimientos hostiles. Hay que renegar de la doc-

trina del ejército como medio de defensa tan categóricamente como de los deseos de conquista. (1)

No ha habido fatalidad más trágica que la de un hombre que tenía estos dos hombres adentro. Cuando Nietzsche es llevado a pensar —diremos— por ese reflejo que se le organizó — porque había en Nietzsche realmente como un reflejo de pensamiento, la dureza, César Borgia, todo eso aparece en sus obras como una especie de reflejo artificial organizado. En ocasiones Nietzsche piensa así reflejamente, en tanto que otras veces, piensa con nuestras mejores ideas y con nuestros mejores sentimientos, con la única diferencia de que hace sentir más y expresa mejor porque tiene genio.

Tenemos pues que decir por una parte que Nietzsche fue, de hecho, uno de los escritores que intoxicaron a su pueblo, pero hagámosle por lo menos esta justicia y esta piedad: que no merecía haberlo sido.

Acabo de descubrirle, y no es lo único que podría descubrirle, un pensamiento en que su consejo al pueblo excedía al ideal más teórico de los pacifistas. Su consejo era desarmarse siendo el más poderoso.

Ahora, como lo que se popularizó, lo que llegó al pueblo fueron sus ideas sistematizadas, también en este caso como en los demás, el vino que hizo Nietzsche con su riquísima levadura fue tóxico y envenenador.

No quiero decir que el concepto corriente de Nietzsche sea del todo injusto: en cierto sentido lo mereció. El

---

(1) Nietzsche, Federico. *El viajero y su sombra*. Madrid. La España Moderna, s. f., p. 322.

tenía genio bastante, tuvo hasta demasiado, y debió hacer este trabajo que hacemos nosotros y la enfermedad no lo libra del todo de su responsabilidad. Pero era su manera de psiquear lo que constituía en él una especie de fatalidad psicológica. Veía tan completamente, tan profundamente, tan genialmente *lo no* de todo, que se ilusionaba con lo contrario de lo que estaba examinando directamente, aunque eso otro no fuera más cierto ni mejor. Hasta creo yo que fue la explicación patológica casi fatal.

Hubiera sido el mismo Nietzsche, lo repito, quien hubiera debido hacer todas esas distinciones y reservas que hacemos nosotros y haber dado justeza, exactitud a su pensamiento, sólo que para ello tal vez hubiera sido indispensable no tener genio.

Concluyo insistiendo sobre mi comparación que resume lo que tan penosamente he procurado explicar: un hombre fabricaba la levadura más rica y al mismo tiempo hizo vino con ella. El vino salió agrio, amargo, tóxico; dejémosle y utilicemos la levadura; la levadura para pensar de Nietzsche es incomparablemente rica. Sólo una salvedad hay que hacer, y es que ese fermento para gente intelectualizada y "libreada" es como aquellos fermentos que necesitan líquidos, caldos complicados y artificiales: una cultura.

REPRODUCCION FACSIMILAR DE UNA PAGINA DE  
LOS APUNTES PREPARATORIOS DE VAZ FERREIRA  
PARA LAS CONFERENCIAS SOBRE "NIETZSCHE"

By the <sup>above</sup> ~~leg~~

el efecto de ~~firmas~~ en ~~Walden~~  
para ~~el~~ ~~que~~ ~~se~~

~~parte de~~ ~~los~~

que intelectualizada y liberada...

como aquellos ~~frutos~~ ~~de~~ ~~recursos~~ ~~hi-~~  
jidos ~~complicados~~ ~~y~~ ~~artificiales~~

Walden

7